

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES



N.º 44

HUESCA
MCMLX

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

(Servicio de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Huesca)



CONSEJO DE REDACCION

Director: Miguel Dolç.

Secretario Federico Balaguer.

Administrador: Santiago Broto.

Redactor jefe: Antonio Durán.

Colaboran en este número: Virgilio Valenzuela.—Salvador María de Ayerbe.

María Dolores Cabré.—María Pilar Cavero.—Félix Ferrer

Gimeno.—Eugenio Frutos.—Encarnación Maes-

tro González.—Dolores Porta.



ARGENSOLA se publica en cuadernos trimestrales, formando un volumen anual de unas 400 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

ESPAÑA.—Suscripción anual, 60 ptas.; número suelto, 16 ptas.; número retrasado, 24 ptas.

EXTRANJERO.—Suscripción anual: Portugal, Hispanoamérica y Filipinas, 70 ptas.; otros países, 72 ptas.

Redacción, Administración y Distribución: Avenida Generalísimo, 16 - Teléfono 1190

H U E S C A

572

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES



N.º 44

Tomo XI (fasc. 4)

HUESCA

IV trimestre 1960

S U M A R I O

ESTUDIOS:	Páginas
La integración del hombre en la sociedad, por <i>Eugenio Frutos</i>	265
El poema de Roda en honor de Ramón Berenguer IV, por <i>Dolores Porta</i>	297
COMENTARIOS:	
San Martín en la toponimia navarro-aragonesa, por <i>Encarnación Maestro González</i>	311
Francisco Echauz y su obra, por <i>Félix Ferrer Gimeno</i>	319
Dos documentos ramirenses del fondo de San Juan de la Peña, por <i>Federico Balaguer</i>	325
ACTITUDES:	
Poemas, por <i>María Pilar Cavero</i>	331
INFORMACIÓN CULTURAL:	
Apertura de curso y lección inaugural de don Samuel Bagué, por <i>B.</i>	335
Exposiciones de pintura de Manuel Martín Guerrero y Leoncio Mairal, por <i>Félix Ferrer Gimeno</i>	336
Una película de Carlos Saura Atarés en el festival de Londres, por <i>F. Ferrer</i>	337
La pensión «Juan March», de pintura, a José Beulas, por <i>F. F. G.</i>	338
Antonio Saura Atarés, premio «Guggenhin» de pintura, organizado en Nueva York, por <i>F. Ferrer</i>	338
Ha muerto don Raimundo Lalaguna, por <i>Federico Balaguer</i>	338
VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, por <i>F. B.</i>	339
BIBLIOGRAFÍA:	
Libros:	
AZCÁRATE, PABLO DE: Wellington y España, por <i>Miguel Dolç</i>	341
CANYAMERES, FERRAN: El Vallès, por <i>Miguel Dolç</i>	341

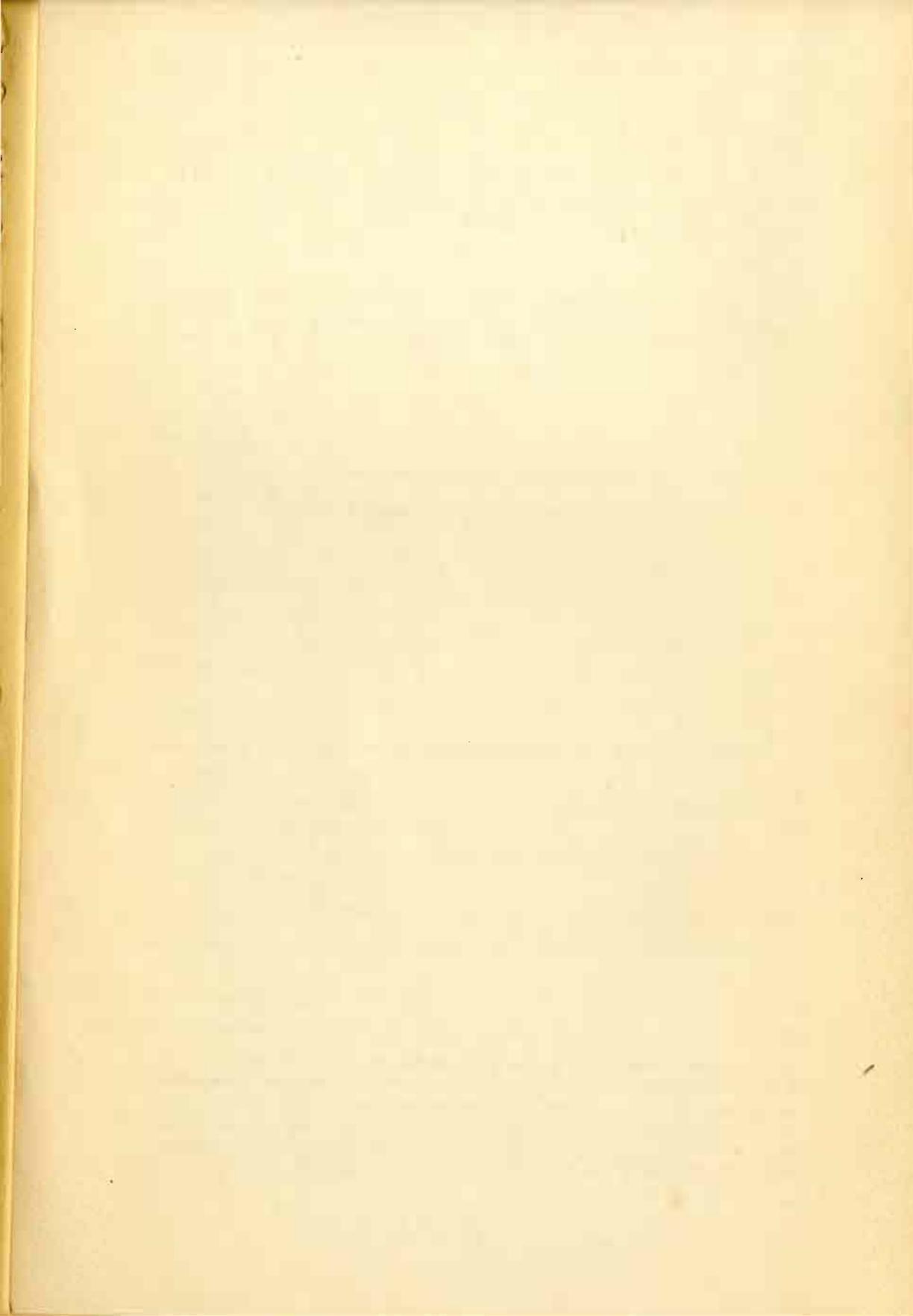
	Páginas
FLETCHER VALLS, DOMINGO: Problemas de la cultura ibérica, por <i>Miguel Dolç</i>	342
UBIETO ARTETA, ANTONIO: Crónica de Alfonso III, por <i>Antonio Durán</i>	343
Zaragoza, vol. XI, año 1960, por <i>Federico Balaguer</i>	343

Artículos:

CARUANA Y GÓMEZ DE BARREDA, JAIME: Los amantes de Teruel, por <i>F. Balaguer</i> . . .	344
UBIETO ARTETA, ANTONIO: ¿Una moneda conmemorativa aragonesa del siglo XI?, por <i>Federico Balaguer</i>	344

Dibujos de *Echauz, Murillo, Paredes y Zuera*s

Los estudios y comentarios que se ofrezcan para ser publicados en ARGENSOLA deberán ser originales, de carácter estrictamente científico o literario, e inspirados —aunque no de un modo exclusivo— en temas altoaragoneses. La Redacción se reserva la libertad de modificar, en ciertos aspectos accesorios, si le pareciera conveniente, los trabajos presentados. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y afirmaciones contenidas en sus escritos.



LA INTEGRACION DEL HOMBRE EN LA SOCIEDAD

POR EUGENIO FRUTOS

INTRODUCCIÓN

Las oposiciones que surgen en las relaciones del individuo con la sociedad ha sido preocupación constante de sociólogos y psicólogos, en un intento de equilibrar la libertad y la autoridad, el fin particular y el bien común.

La Psicopedagogía moderna, al estudiar el desarrollo de la persona humana y sus posibilidades educativas, y la Caracterología al precisar el carácter social o antisocial de los diversos tipos psicológicos, han aportado también sus conclusiones, y a ellas especialmente me voy a referir, aunque sólo en breve esquema.

El tipo egocéntrico ha sido estudiado en oposición al aliocéntrico o social por Künkel, Dickerson, Bernstein y otros. Señalan estos autores que el niño está naturalmente integrado en el conjunto social: lo que llaman el «nosotros originario». Pero, en la adolescencia, se produce una ruptura que origina una etapa egocéntrica en la personalidad. Esta etapa puede ser pasajera o permanecer. Si pasa, el individuo vuelve a integrarse en el nosotros, en la sociedad, ya en forma consciente y madura. Si no pasa, se originan diversos tipos antisociales, permanentemente egocéntricos. Se analizarán algunos de estos tipos en los apartados siguientes.

Fuera de estos casos, lo normal es integrarse en el conjunto social. Pero esta integración no supone necesariamente que el individuo se

despersonalice en una masa amorfa de caracteres negativos. Esta visión negativa es parcial, y se salva distinguiendo, como ya hacía A. Machado, entre masa y «pueblo». Una distinción muy precisa entre ambos aparece en el mensaje pontificio de Navidad del año 1944.

Cuando se habla de una integración del individuo en el conjunto social, en el «nosotros maduro», no se trata de una pérdida de la personalidad propia en la masa, sino de la integración del individuo en un pueblo vivo, que, lejos de actuar mecánicamente, actúa con clara conciencia de su responsabilidad en la procura del bien común.

Los temas planteados por la singularidad de cada persona y por su integración, a la vez, en una comunidad más o menos amplia, tal y como se nos presenta todo a lo largo de la historia, han sido cuestiones siempre actuales a las que psicólogos, sociólogos y filósofos de la historia han consagrado muchos estudios, desde diversos puntos de vista, en que se exponen teorías muy diversas y, algunas veces, contrarias entre sí. Pero en las épocas que suelen denominarse críticas para la historia humana—crisis que, por otra parte, pueden obedecer a razones muy diferentes y que no significan, pues, siempre lo mismo—esta atención suele ser más extensa, perentoria, pues la «situación» exige nuevas soluciones para mantener la relación entre individuo y comunidad de forma que la coherencia social no se rompa. Nuestra época es, reconocidamente, una de estas épocas críticas, aunque no esté averiguado de qué clase de crisis, si de crecimiento o de extinción del tipo de sociedad occidental, ya que los diagnósticos son muy diferentes. De hecho, toda realidad histórica permanece en el plano de la posibilidad, mientras va tomando forma, de suerte que la forma no se puede predecir—salvo don profético—en ninguno de los momentos en que la configuración se fragua, por lo que es tan frecuente que destacados filósofos de la historia hayan fracasado con tanta frecuencia, incluso en profecías a corto plazo. Pensadores tan preparados como Splengler, Ortega y Gasset, Toynbee y Jaspers, ofrecen ya, a pesar de su cercanía, una serie de pronósticos que no se han cumplido o se han realizado de otra manera.

En estos intentos de comprensión, que como he dicho se acentúan en determinadas épocas, se plantea el problema de comprender las relaciones entre el individuo y la comunidad en que aparece inserto. Puede tratarse de averiguar si en los individuos, según la tipología psicológica, se da una «natural» sociabilidad y en qué grado, esto es, hasta qué punto predominan los caracteres *egocéntricos* o aquellos otros *comunitarios* o «nostristas», como se han designado con un neologismo

que traduce la expresión inglesa *We-Psychology*, utilizada por el psicólogo Künkel. Como este predominio de elementos sociales o antisociales puede variar según los propios individuos, ya que se dan tipos predominantes egocéntricos o predominantemente comunitarios, y, también según los países y las épocas históricas, su estudio nos dará la posibilidad de mantener o no el equilibrio social en una época dada, ya que este equilibrio se rompe cuando predominan los elementos antisociales.

Se puede también plantear el problema psicopedagógico de saber hasta qué punto son los egocéntricos o antisociales influibles por una educación adecuada, como ha hecho Dickerson, en colaboración con el mismo Künkel; o estudiar la evolución psicológica del tipo, para averiguar en qué momento madura «el nosotros» y arranca al adolescente de su situación de recelo y egocentrismo.

Pero además de los problemas psicológicos y educativos, estrechamente ligados entre sí, podemos considerar en qué forma la «nostridad» se configura según los momentos históricos y cómo en ella aparece inserto el individuo, esto es, en nuestro caso, cada persona humana, que no es «individual» en el mismo sentido en que puede serlo un objeto o un animal, pues está dotada de una «interioridad» que juzga a los demás y que se juzga a sí misma y que, al menos hasta ahora, se ha mantenido, incluso en circunstancias históricas muy adversas para la vida personal.

En nuestro momento histórico, parece que casi todos los que se han ocupado de este tema señalan que la forma del «nostrismo» es *la masa*, y suelen presentar a ésta como lo más opuesto a la personalidad, que en ella se impersonalizaría. Pero, hasta ahora, en la descripción del fenómeno histórico-social «masa» ha predominado la caracterización de la misma por sus notas más negativas, mientras, por otra parte, se afirma su poder y su actuación en la sociedad como base de potencia y de coherencia, lo que son notas positivas. Conviene, pues, a mi juicio, volver a meditar sobre la masa y tratar de descubrir su estructura total, ya que resulta algo extraño que derive una actuación positiva, en el mundo actual, de una fuerza negativa y ciega. También interesa considerar si se toma por masa lo que no es tal, sino simplemente y con el rico contenido de que más adelante hablaremos, lo que corrientemente se llama «el pueblo».

El sociólogo y el filósofo de la historia pueden considerar el papel diverso y la mayor o menor riqueza de posibilidades «personales» que se le ofrecen a un hombre en una «sociedad cerrada» o en una «sociedad

abierta», como ha distinguido Bergson, que también señala un «nosotros profundo» en la sociedad, paralelo al «yo profundo» de que suele hablarse en la psicología de hoy.

Los problemas, como puede apreciarse por esta breve e incompleta reseña, son múltiples y no se puede intentar definir y resolverlo brevemente, pero sí se puede apuntar el punto álgido de las cuestiones, indicar algunas posiciones actuales y sugerir u orientar al lector, pues interesarse por estos temas es ya ponerse en vía de entenderlos y resolverlos.

I. LA SOCIABILIDAD EN EL HOMBRE

He señalado, que en el hombre podían darse tendencias sociales y antisociales, esto es, que cuando decimos que el hombre es naturalmente sociable nos referimos a una constante de su naturaleza, pero a una constante desigualmente repartida. La desigualdad puede darse según la edad o según el tipo psicológico que se considere. Se dan algunos tipos en que predominan los elementos antisociales, aunque hayan llegado a su madurez, acaso porque no la hayan alcanzado verdaderamente, sino que su evolución psíquica se detenga en ese momento egocéntrico por el que la mayoría de los hombres pasan en su adolescencia. Por lo común, los tipos declaradamente antisociales constituyen una minoría y «encajan», de mejor o peor grado, en el conjunto social. Pero puede darse un predominio de tales tipos en determinadas épocas o en ciertos pueblos y entonces la sociedad afectada se desequilibra, entra en crisis y sufre profundas transformaciones. El fenómeno puede reducirse o ampliar su órbita. Estas ampliaciones coinciden con las grandes crisis de la humanidad.

Es cierto que determinadas «situaciones» sociales aumentan o exacerbaban a los tipos antisociales. Se condicionan, pues, mutuamente. No es que, de pronto, se dé una floración de tipos antisociales, en medio de una sociedad estabilizada, gratuitamente. Ocurre más bien que, así como la cizaña invade un campo de trigo mal cultivado, los elementos antisociales invaden una sociedad mal organizada, en vías de descomposición o de petrificación. Los temperamentos emotivos entran más pronto en ebullición tanto en la tarea positiva de las creaciones como en la negativa de las destrucciones.

Los estudios psicológicos modernos han tratado de señalar, como indiqué, la evolución del tipo humano medio hacia su integración en una comunidad, libremente asumida, atravesando por una etapa egocéntrica de rebeldía, y han tratado, asimismo, de señalar los tipos de excepción que no dan este último paso, sino que permanecen en un aislado egocentrismo, sin alcanzar, por tanto, su madurez social. Los psicólogos antes citados, Künkel y Dickerson, los consideran como tipos de excepción, pero su número, como se verá al señalar sus características, no es despreciable.

La mayoría, sin embargo, sigue la evolución normal, que va de una natural inmersión en el conjunto social—lo que se denomina el «nosotros originario»—hasta una participación consciente y libremente asumida en la comunidad, ya en forma de «nosotros maduro», pasando por situaciones, variables con los individuos en cuanto a su intensidad y duración, de carácter egocéntrico.

El «nosotros originario» se da en el reducido círculo familiar, pero ya en él se manifiesta claramente la «apertura» natural del niño y el carácter «comunitario» de su vida. La apertura le vincula ante todo a su madre, pero acaba por integrarle en la comunidad familiar, incluso en los casos en que ésta presenta fisuras, que todavía el niño no advierte. La vinculación originaria del niño no es puramente material; no es sólo que necesite a los demás para subsistir, sino que también necesita de su compañía, de su amor, de su comunicación; necesita expresar lo que siente o quiere y recibir las sugerencias y las incitaciones de los demás para desarrollar su personalidad del modo más amplio y rico que lo permita su propia naturaleza.

En esta necesidad comunicativa y de acción conjunta estriba la creciente ampliación del vínculo comunitario. El niño pasa de jugar solo a jugar con los demás. Se trasciende, así, la esfera familiar y se tropieza con temperamentos distintos, creándose muy pronto corrientes de antipatía y simpatía, si bien todavía muy móviles y poco definidas.

Pero ya en este punto la diferencia entre los tipos introvertidos y extravertidos y entre los egocéntricos y aliocéntricos se manifiesta. Los estudiosos de la psique del niño observaron, hace ya tiempo, que mientras en unos niños—la mayoría—se pasaba del juego solitario al colectivo aproximadamente a la misma edad, en otros—los más introvertidos o los que presentaban síntomas psicopáticos—se prolongaba mucho tiempo, a veces, el juego en soledad. Pero guardémonos de identificar la introversión con el egocentrismo, que no es tampoco el egoísmo, en la significación corriente de este término.

El hombre egocéntrico es el que, al acaecer algo, lo relaciona siempre con su propio yo o con su situación; el que al contar algo es siempre centro de su historia y prefiere, sobre todo, hablar de sí mismo; todo lo subjetiviza y la perspectiva entera del mundo sufre una reducción que, en ocasiones, la deforma. He dicho que no puede confundirse con el egoísmo, porque éste tiene un matiz ético del que no participa necesariamente el egocentrismo; el egocéntrico, siempre que esto le permita afirmar y elevar su yo, preferirá un duro sacrificio, en que su yo destaque, al silencioso olvido de la cómoda vida cotidiana.

Estas manifestaciones egocéntricas apuntan ya en la infancia, pero se acentúan y cobran singular relieve en la adolescencia, prolongándose aún en la primera juventud. Por una parte, el adolescente se independiza en cuanto ya no depende tanto como el niño de la ayuda de los demás, de suerte que se produce un desarraigo del «nosotros originario» antes descrito. Por otro lado, el adolescente choca con la realidad y se rebela frecuentemente contra ella: contra las conveniencias y las farsas sociales, contra las injusticias del mundo, contra las trabas legales o sociales que considera como cárceles que le aprisionan e impiden la plena expansión de su personalidad. Choca también, frecuentemente, contra algunas ideas y usos de las generaciones precedentes y tiende a la renovación de la vida, que los otros quisieran, ya, mantener estática. En este doble juego—entre los impulsos renovadores y la contención conservadora—se realiza normalmente el desarrollo de la vida humana como vida histórica. Los dos impulsos se contrarrestan entre sí y mantienen, a la vez, un equilibrio y un avance y transformación graduales. Si predomina uno de los impulsos, el equilibrio se rompe, produciéndose el estancamiento social o la revolución demoledora.

El hecho es que durante una etapa de la vida humana, incluso en las personas que después encajan perfectamente en la vida social, se produce un retraimiento de ella; esto es, las tendencias egocéntricas predominan, se rompe la situación del equilibrio del «nosotros originario» y el hombre tiene que reconquistar reflexivamente su espontánea pertenencia a una comunidad, para reingresar, en la nueva etapa de un «nosotros maduro», conscientemente en la vida social y arraigar de nuevo en ella.

Pero tal evolución acusa, a la vez, dos características humanas: su liberación de las coacciones instintivas, de la espontaneidad primaria, en virtud de la cual se mantiene la coherencia sin problemas de un enjambre o de un hormiguero, y la consiguiente reflexión y libre determinación para resolver los problemas que van surgiendo en el plano real.

Ocurre, en algunos, que este paso de la etapa egocéntrica al «nosotros maduro» y, por lo tanto, a su voluntario reingreso en la comunidad, asumiendo las responsabilidades y tareas que ello supone, no se logra. Estos tipos son los permanentemente egocéntricos y los que representan esos elementos antisociales que, en número mayor o menor, toda comunidad alberga en su seno.

II. LOS TIPOS EGOCÉNTRICOS EN LA SOCIEDAD

Esta posición egocéntrica persistente puede ser originada por una natural pereza, que puede disimularse por una aparente movilidad sin fines concretos y por una prolongación del gusto de la adolescencia y de la primera juventud por el cambio y la satisfacción que produce el buen juego fisiológico de las diversas funciones y secreciones internas en la floración de la edad. Cuando esta euforia disminuye y cuando la vida encauzada y repetida produce una sensación de monotonía, connatural a cualquier profesión o modo de vida, pero más acentuada en unas profesiones que en otras, cuando esto pasa—repito—surge el descontento, la rebelión o el abatimiento, según el carácter y la fuerza vital de la persona.

Se hace, pues, necesario diseñar estos tipos permanentemente egocéntricos, que, por razones diversas y a veces dispares, no se integran en el conjunto social y constituyen un fermento de crítica y disolución. En relación con los tipos descritos cabe, después, el estudio psicopedagógico de los mismos, para descubrir sus posibilidades de adaptación mediante una acción educativa consciente, hábil y, en ocasiones, casi secretamente dirigida.

La comprensión plena de los tipos antisociales exige tener una idea clara de la psicotipología general, pero los psicólogos de la posición «nostrista», a que se aludió anteriormente, han hecho más bien una descripción empírica, que conviene considerar, pero deshaciendo ciertas confusiones y aclarando por qué se da en estos tipos precisamente el egocentrismo y las inclinaciones antisociales.

Los psicólogos Künkel y Dickerson, ya citados, se atienen a la terminología de Bernstein, y, conforme a ella describen los siguientes tipos de egocentrismo permanente:

Del tipo llamado *Nerón* o *César* se dice que tiene como objetivo en la vida el dominio sobre los demás, sometiéndolos a su

influencia o a su obediencia, y el mantenimiento de ese dominio evitando cualquier situación de debilidad, como sería la pérdida de autoridad o de influencia, de poder, en suma, sea de carácter coactivo o de carácter predominantemente psíquico, como es la influencia sobre los demás por la manifestación, a veces sumamente ingenua y vanidosa, de la propia superioridad.

La primera observación que cabe hacer sobre este tipo es la imprecisión de la terminología empleada, y la segunda sobre los dos o tres tipos—muy diferentes entre sí—que, como consecuencia de la indefinición inicial, se comete al intentar la descripción del mismo.

Los términos *Nerón* y *César* aluden a personajes históricos concretos, de psicotipos muy diferentes. Por otra parte, por *César* se puede entender el tipo psicológico de Julio César, de Augusto o de cualquiera de los otros césares romanos. Ahora bien, en cuanto podemos colegir para la historia, Julio César fue una persona de fuerte actividad y emotividad y de reacción rápida y múltiple, es decir, de función primaria, psicológicamente hablando, aunque por su propósito de lograr objetivos lejanos y poco asequibles a los hombres de su tiempo y por su control sobre su propio cuerpo, presente algunos caracteres que indican, con la edad, el aumento natural de la función secundaria, psicológicamente se diría, pues, que Julio César era «colérico» con algunos caracteres de «apasionado».

Octavio Augusto creo que es, clarísimamente, un «apasionado». Su frialdad es una máscara de su emotividad, que la tiene férreamente a raya. Sabemos que Augusto tenía conciencia de estar representando en este mundo un papel—el papel de emperador que le había tocado en suerte o en destino—y que lo subordinaba todo, incluso sus preferencias y afectos más íntimos, a la representación perfecta de este papel en la comedia de la vida. Este dominio de sí mismo, su metódica actividad, su propósito de consolidar el imperio, sacrificando en su camino a los que le habían defendido, como Cicerón; todo ello da testimonio de una emotividad parcial y enmascarada, de una actividad tenaz y constantemente dirigida a un fin lejano y de una fuerte función de tipo secundario, es decir, de control absoluto de su emotividad y de su acción.

Pero ni Julio César ni Augusto son tipos antisociales; por el contrario son arquitectos de una forma determinada de la sociedad. En general ningún psicotipo «colérico» o «apasionado» es antisocial, aunque frecuentemente, por su fuerza de acción y su tenacidad, sean—sobre

todo los apasionados—reformadores de la sociedad que reciben. Su gran actividad—dispersa en los primeros y concentrada en un objetivo lejano en los segundos—les impide mantenerse encerrados en su egocentrismo. Si aparentemente parecen egocéntricos, a causa de su autoritaria imposición, no se trata nunca de referir todo a ellos, sino de subordinarlo a una concepción central, abarcadora y absorbente, pero en la que entran todos los hombres y aun el universo entero. Psicológicamente, esto no es egocentrismo. Puede ocurrir que esta concepción total tenga un carácter fundamentalmente teocéntrico, como ocurre en muchos santos—san Pablo, san Agustín—que los psicólogos incluyen en el psicotipo de los «apasionados». Puede ocurrir que se subordine todo a un afán científico o filosófico, como en Platón o en Descartes. O bien que se intente la estructuración de una sociedad, como en el mismo Augusto, en Luis XIV, en Napoleón. En estos últimos casos, pueden aparecer rasgos egoístas, que no se dan en los santos, pero originados más por la aplicación implacable de su concepción absoluta, que por un provecho personal.

Creo que se ve claramente que la inclinación al dominio no basta para caracterizar como antisocial a un tipo humano, si es capaz de actualizar esa inclinación y plasmar la sociedad según sus concepciones. En cambio, si se da la inclinación sin la capacidad y la actividad necesaria, sí que puede producirse el egocentrismo de tipo antisocial. Pero éste ya es otro tipo psicológico: precisamente el tipo que fue el emperador Nerón.

La traducción española que utilizo ha adoptado, pues, acertadamente, el término *Nerón* para señalar el tipo egocéntrico antisocial. También se utiliza este término en inglés.

En Nerón, efectivamente, se dio, más que una necesidad de dominio, un deseo de influencia y admiración sobre los demás. Como su capacidad de mando no era algo que le brotaba de dentro, sino que le daba su posición de poder absoluto, no creado por él, y como sus dotes poéticas tampoco despertaban la admiración que su vanidad pedía, pretendió despertarla con actos desatinados y arbitrarios, ya que se trataba, probablemente, de un psicotipo «nervioso» de naturaleza psicopática. Su emotividad era viva, explosiva e inconsecuente; su actividad, poca; su reacción, muy primaria e irreflexiva, de donde sus aburrimientos, su movilidad—que ofrecía apariencia de actividad—y su irresponsabilidad. Estos rasgos prolongan en él la situación del adolescente, que promete mucho y que, luego, no lo realiza. Entonces se

convierte en su propio admirador; su vocación de histrión necesita público y lo encuentra en las naturalezas serviles; no tiene ningún objetivo, todo lo refiere a sí, en perpetuo egocentrismo y acaba chocando con todo el orden social establecido, del que debería ser cúspide, pero del que no se siente solidario, porque no le sirve para sus fines particulares y es incapaz de comprender algo objetivo como el bien común.

No en todos los tipos nerviosos se dan tan acentuadas las tendencias antisociales. Es preciso que se añadan algunos rasgos psicopáticos, alguna anomalía. Pero recuérdense los casos de Oscar Wilde y de Baudelaire, para tener a la vista otros ejemplos. Lo que es común en el tipo, aunque se trate de personas normales, es la rebeldía, el choque con las conveniencias sociales y la prolongación del egocentrismo de su adolescencia.

III. OTROS TIPOS ANTISOCIALES

En el polo opuesto al tipo *Nerón* que se ha descrito, se encuentra el tipo llamado *Ostra* (y también por otros «topo» o «tarugo»), nombres que designan su aislamiento social y su impasibilidad afectiva. Aquí no se trata de temperamentos rebeldes ni estruendosos; sin embargo, su carácter antisocial es manifiesto a causa de su *incomunicabilidad*.

Esta se basa en dos razones: muy escasa capacidad emotiva, que no les permite interesarse por nada ni por nadie, y escasa actividad, que les aparta de las tareas comunes y, en general, de cualquier esfuerzo, incluso en la relación social normal. Consecuencia de esto es su amor a la soledad y su desinterés por todo lo colectivo. Los impulsos emotivos que mueven a los pueblos les dejan imperturbables; nada les entusiasma ni les repele decisivamente; estar tranquilos y hacer siempre lo mismo es para ellos lo mejor.

La descripción de Künkel y Dickerson corresponde a este psicotipo, que es el «apático» de la clasificación tipológica más generalizada. Los autores citados se limitan a decir que el tipo *Ostra* tiene como objetivo, en la vida, la tranquilidad por encima de todo (quietud, retraimiento, inalterabilidad, regularidad, paz) y, en consecuencia, evitar toda situación perturbadora (conflictos, cambios, conmociones, excitaciones, emociones). Ahora bien, algunas de estas características no sólo corresponden al «apático», sino también al psicotipo «sentimental» de la

clasificación general, si bien le corresponden por razones opuestas, es decir, por un exceso de emotividad y susceptibilidad. Conviene, pues, hacer algunas aclaraciones a este respecto.

El aislamiento y la tendencia a la soledad se dan en el sentimental porque el trato con las gentes le hiere y le altera de tal forma que desequilibra su salud y su vida. No es que sea incommunicable como el apático, sino que la comunicación con los demás le es frecuentemente dolorosa. Pero este aislamiento es más físico que psíquico. Al sentimental le puede interesar todo lo que ocurre; lo que procura es mantenerse apartado de la corriente. Busca, pues, la paz en el retraimiento; evita las conmociones, aunque no las recogidas emociones, y le gustaría permanecer imperturbable, pero no lo logra, mientras el apático lo consigue fácilmente.

Pero dentro del tipo «sentimental», en general, se dan variedades y en la práctica resulta muy diferente el sentimental de conciencia psicológicamente amplia del de la conciencia estrecha, concentrado y casi obsesionado en un área limitada de ideas. La primera variedad suele presentar un tipo benevolente, muy sensible e introvertido. A esta forma es a la que, en el lenguaje corriente, se suele llamar sentimental. Pero la otra variedad presenta un tipo de difícil trato, muy esquivo e irritable y frecuentemente en contradicción con las formas corrientes de vida. Pero esta contradicción le queda dentro y no se manifiesta explosiva como en el nervioso puro. Es, en el fondo, más perturbadora, pero mucho menos acusada en su proyección social. Esto se debe al fuerte control de sí mismo y a la introversión, que los sentimentales presentan en grado máximo.

Puede ocurrir que el choque con el mundo, siempre doloroso para los sentimentales, produzca en su adolescencia blocajes afectivos, que les aíslan tanto o más que al tipo *Ostra* puro. En este caso, las tendencias antisociales son muy fuertes, pero rara vez se trasladan al campo de la acción, pues el sentimental, poco activo por lo común, es muy inactivo en los casos de cierre absoluto, que entran ya en el campo patológico. Una educación adecuada puede levantar la barrera del bloqueo afectivo y producir la apertura al mundo y a la sociedad. Pero de esta posibilidad educativa de los tipos antisociales nos hemos ocupado en otros lugares.

Sin necesidad de bloqueo afectivo, el sentimental de conciencia estrecha puede presentarse como peligrosamente antisocial si en el choque con el mundo se siente herido e injustamente disminuido.

Como, a causa de su introversión, es un rumiador constante de sus recuerdos, esa herida o injusticia se le encona; a fuerza de darle vueltas, imaginativamente se agranda y puede originar un resentimiento y un deseo de venganza. Este parece haber sido el caso de Robespierre, que Le Senne incluye entre los sentimentales de conciencia estrecha, por su indecisión, amor a la soledad y frialdad aparente. Pero es notorio el resentimiento de Robespierre y, sin esto, no es fácil explicar su actuación histórica. Hay un libro famoso de Max Scheler que estudia *El resentimiento en la moral* y la situación psicopática de la persona «resentida», sea con motivo real o aparente. La melancolía del sentimental incuba y agranda este resentimiento y le convierte, en este caso, en un tipo declaradamente antisocial. Sólo que necesita una situación muy propicia para que su estado interior se manifieste, y esta situación fue la que le deparó a Robespierre la revolución francesa. En cambio, el sentimental benévolo, primeramente descrito, es el caso opuesto: no es capaz de hacer daño a nadie, ni siquiera a sus enemigos. La indiferencia exterior, esto es, más aparente que real, es su escudo. Así como el tipo *Ostra*, apático, tiene una protección sólida efectiva, la del sentimental benévolo es apenas una telaraña, que le oculta con su fragilidad.

Se suele señalar también el carácter antisocial del tipo llamado *Astro* o *Estrella*, por su excesivo egocentrismo, que hace difícil su integración en un «nosotros» comunitario. El tipo *Astro* es descrito como aquel cuyo objetivo en la vida es la conquista de la admiración (popularidad, expectación, aplauso, reconocimiento) y la elusión de toda situación deslucida (burla, menosprecio, ridículo, humillación). Se trata pues, al parecer, de un vanidoso. Pero la vanidad en sí no es antisocial, sólo lo es cuando la admiración y el aplauso apetecido no se logran y originan un resentimiento o un complejo de inferioridad.

El tipo *Astro* puede darse en el «nervioso» o en el «colérico», sobre todo si se trata de artistas, caso muy frecuente en el tipo «nervioso». Como el «colérico» es más activo, las repercusiones de su fracaso en una determinada empresa puede ser salvado por su inclinación a dedicaciones múltiples. La escasa actividad práctica del «nervioso» y la mayor unilateralidad vocacional, hacen en él más insalvable el fracaso. Es el caso apuntado en el tipo *Nerón*, donde se da también esa tendencia al aplauso y a la continua atención y admiración de los demás. Los dos tipos, en determinados individuos, pueden mezclarse.

Finalmente, los autores citados señalan el tipo *Enredadera* o *Cenicienta* y le describen como aquel cuyo objetivo vital es crearse situaciones de

seguridad (protección, ayuda, dependencia) y evitar las situaciones de indefensión (autonomía, independencia, responsabilidad, soledad). Pero el tipo así descrito sólo es antisocial en cuanto suele ser para la comunidad una carga, no por su rebeldía o acción. Por el contrario, se acomoda fácilmente a todas las personas y costumbres y hace lo que todo el mundo. Se relaciona con el tipo «amorfo» de la clasificación general, cuando este tipo es muy inactivo y poco inteligente.

Pero establecer en detalle esta relación y concluir la cuestión de los tipos egocéntricos y antisociales, así como manifestar las diversas formas en que cada uno de los señalados es egocéntrico (pues no lo son todos de la misma manera) exige nuevas explicaciones.

El «amorfo» de la clasificación tipológica general es persona poco emotiva y poco activa—en ocasiones tan inactiva que pasa por ser el prototipo del perezoso—, pero que se acomoda fácilmente a cualquier situación, a cualquier modo de vida, siempre que ésta no le exija esfuerzo o responsabilidad mayores. Se trata, pues, de gentes «de buen quedar», que hacen lo que todo el mundo, sin plantearse problemas sobre su razón, sino admitiéndolo simplemente porque así se hace, porque es el camino del esfuerzo mínimo.

Su tipo de reacción es, por lo tanto, primario: nada de rumia de recuerdos, ni de grandes proyectos para el porvenir; lo mejor es vivir, despreocupadamente, en el presente y no plantearse problemas, de aquí cierta benevolencia y ayuda a los demás, si esto no les exige gran sacrificio; pero de aquí también su vivir irresponsable sobre el momento y su nulo afán de perfeccionamiento, realizando mediocrementemente la función social que, a su juicio, les ha cabido en suerte. Y digo «en suerte», porque, para el amorfo, casi todo en la vida le parece azar. Como no elige su nacimiento y su familia y se pliega a la orientación y a la profesión que se le destina o que, por circunstancias varias, que no analiza, le viene rodada, le parece que es casual su situación en el mundo y su tarea en la vida. No trata de alcanzar gloria ni perfección; si se da en él algo de vanidad, se trata de vanidades menores, no de aquellas que suponga destacar. El destacar más bien le parece ofensivo.

La falta de interés por su función en la vida, su escaso sentido de la responsabilidad, que le lleva al vivir gregario, su inclinación al goce sensible del momento y su escasa actividad contribuyen, en conjunto, a que considere su trabajo como una carga, a que lo abrevie en cuanto puede, a que lo realice sin cuidado, ni mucho menos preocupación por la obra bien hecha, a que sea «aprendiz de todo y maestro de nada», ya

que le gusta variar de trabajo, por su primariedad, que se opone a la monotonía y a la escrupulosidad de la labor perfecta. El trabajo es, para él, un auténtico castigo, y las diversiones corrientes de su país y de su época constituyen su paraíso. Los «amorfos» integran la mayor parte de las multitudes, que se divierten de la misma, irreflexiva, manera, y se encuentran a gusto en este anonimato, que contribuye a borrar la responsabilidad personal.

Gozosos, sonrientes y pródigos, pueden ser, sin embargo, arrastrados en la cólera colectiva de las revoluciones, aunque no como cabezas ni promotores de ella, sino porque tienen la fácil sugestionabilidad de la masa, por su escaso poder crítico, por su poca imaginación para ver las malas consecuencias de los arrebatos del momento y por la pérdida, en lo anónimo, de su personal responsabilidad.

No es fácil frenar esto recurriendo a sentimientos morales o religiosos. Desde luego, la idea del deber por el deber, les resulta no sólo incomprendible, sino inhumana. La obligación, como la puntualidad, es para ellos muy lasa. La cumplen por educación y costumbre. Hay otros tipos muy poco puntuales, como el nervioso o el colérico, pero éstos cuando llegan tarde suelen llegar corriendo, por su exceso de emotividad. Los amorfos en cambio, pueden llegar tarde y tranquilos: no sienten que esto sea una falta. La obligación de entrar a punto es para ellos una simple coacción que se acata por las malas consecuencias que puede acarrear. Y otro tanto puede decirse de otras obligaciones, incluso de aquellas que van vinculadas a intereses o afectos.

Por el lado religioso, tampoco es fácil despertar en él un estímulo mayor. Desde luego, un amorfo puede ser creyente, pero sin fervor y sin ninguna vocación al martirio o, simplemente, a la lucha por sus ideas religiosas. Su religiosidad depende de la tradición familiar, de la costumbre, de la situación social y de las ideas dominantes en el núcleo de sus amistades habituales. La influencia de las amistades es muy grande en el amorfo, especialmente, claro está, en su adolescencia y juventud. Cuando los educadores hablan de que el niño o el joven deben evitar «las malas compañías», se refieren muy especialmente a estos tipos psicológicos, pues no influyen apenas en otros, como en los apasionados o flemáticos, sobre todo. En todo caso, los apasionados—y, por otras razones, los nerviosos—son ellos los que arrastran a los demás; mientras los sentimentales y flemáticos tienden a mantenerse autónomos, es decir, a no arrastrar ni ser arrastrados.

Si comparamos el tipo descrito con el que los psicólogos «nostristas» designan como *Enredadera* o *Cenicienta*, nos encontramos con que los rasgos más típicos del tipo señalado son la falta de capacidad para valerse y resolver por sí mismos y su influenciabilidad, de donde la necesidad de apoyarse en los demás, como la enredadera, o de mantenerse en baja posición—por huída de la responsabilidad y el trabajo—, como la *Cenicienta*.

Pero estos dos rasgos, en grado tan extremo, no se dan en todos los amorfos, ya que puede haber gradaciones de actividad y responsabilidad. Por eso dije que, aunque estos tipos «nostristas» correspondían al «amorfo» de la clasificación de Heymans, sólo en el caso de extrema inactividad y poca inteligencia—lo que no es un rasgo típico del amorfo, que puede presentar valor intelectual diverso—, el tipo amorfo era propiamente *Enredadera* o *Cenicienta*, es decir, se convertía en un tipo egocéntrico antisocial.

En líneas generales el amorfo es, más que egocéntrico, egoísta. No es que se refiera a sí el mundo entero, pues, por lo común, no se cuida de forjarse una concepción conjunta y coherente del mundo y de la vida; es más bien que actúa inconscientemente, según se lo piden sus afectos e inclinaciones del instante y que no está dispuesto a sacrificarse por nada ni por nadie, porque no ve que esto valga la pena. Se trata, pues, de un «natural» y semi-insconciente egoísmo; es decir, de una característica moral y no psicológica como el egocentrismo.

En cuanto a su carácter antisocial es más bien, como oportunamente se advirtió, más pasivo que activo: es más carga para la sociedad que elemento perturbador de la misma. Las posibles perturbaciones nacen de sus aspectos negativos: poco y mediocre rendimiento en el trabajo, insolidaridad egoísta, falta de perspectiva para el pasado y el futuro.

Llegando a este punto, podemos preguntarnos: ¿No son éstos los caracteres con que los sociólogos suelen describirnos *la masa*, y no parten de estos caracteres negativos sus diatribas contra la masificación social del presente? Que el amorfo tiende a perderse en la masa es notorio, pero, ¿es la masa un compuesto sólo de amorfos? ¿Y tiende el mundo actual, colectivista y mecanizado, a hacer prevalecer este tipo sobre los demás? ¿De dónde le viene a la masa su fuerza, si el amorfo es esencialmente pasivo e inerte? ¿De la cantidad, acaso, solamente?

Estas preguntas requieren una meditación más detenida, que nos llevará a aclarar el concepto social de la masa y de su creciente predominio.

V. LOS TIPOS AMORFOS Y LA MASA

Las interrogaciones que surgieron últimamente, nos han llevado de la consideración de los tipos psicológicos llamados «amorfo» al estudio de un fenómeno social de actualidad en los trabajos de sociología: el de la «masa». El tema es central en relación con la cuestión general planteada en estas notas: la correlación individuo-comunidad. Pues parece que la enorme masa niveladora de las sociedades modernas tiende a anular la individualidad personal, bien por un proceso de automatización e igualación de pensamientos, diversiones, modos de comer y vestir y otras formas sociales, como por la difuminación de la familia y por la escasa fuerza de las individualidades superiores, las minorías y, en general, de cuanto sobresalga del nivel común. El ámbito de la vida privada se reduce y, ya en el trabajo o en el espectáculo, la vida se hace en colectividad, sobre que la intervención de los diversos poderes —espirituales o temporales— tiende a reducir a un mínimo el recinto de la intimidad.

Y no es casual que el estudio de los tipos antisociales nos haya llevado a este mundo sociológico, pues la masa se ha presentado en las civilizaciones o sociedades antiguas que mejor conocemos, como el último estadio de su estructura, y como el prelude de su disolución —piénsese, por ejemplo, en el mundo romano—, lo que hace sospechar que en esta aparente socialización máxima se esconde una carcoma roedora, es decir, un predominio de tipos disolventes de la sociedad misma en su manifestación más extensa, pero ya no más intensa.

Son muchas las cuestiones involucradas en los párrafos precedentes y, así, para continuar el orden de nuestro estudio, será mejor comenzar aclarando las preguntas a que me refería en el comienzo: ¿Se compone la masa sólo de tipos amorfos, puesto que, a primera vista, los rasgos del amorfo coinciden con los que se atribuyen a la masa? Y si es así, ¿cómo se explica la fuerza de las masas y el poder de los Estados en que predominan?

Hace ya algún tiempo, en un artículo publicado en la «Revista de Estudios Políticos» (número 69, 1953) escribía yo lo siguiente: «Se ha acentuado la *infirmidad* de la «masa» pero esto ha ocurrido porque se la ha comparado con estructuras sociales de *otra forma* y se ha identificado el concepto de «forma» con el de esas formas ya conocidas y

catalogadas. Pero cuando el cine, la prensa o la radio decimos que «actúan sobre las masas» y les imprime dirección, esta actuación y esta dirección se ejercen sobre un «todo», que sólo negativamente queda explicado por su *informidad*. Si notamos que la «masa» es *informe* es porque en ella se borran las jerarquías, se aplanan y vulgarizan los sentimientos y la responsabilidad, se mecaniza la vida y se anula la personalidad. Pero fácilmente se advierte que todas estas negaciones afectan a nuestros criterios valorativos, mas no al orden ontológico y biológico. No trato de hacer clase alguna de reivindicación, sino de considerar que, de no situarnos en el campo del valor, en el del ser la masa actúa como *un todo, único y uniforme*, y que la unicidad, unidad y uniformidad son notas positivas del ser desde Parménides. Desde el momento en que nuestra época se caracteriza por el predominio de la masa y es una época vigente y las masas existen en ella, cabe sospechar esa determinación positiva, pues lo puramente negativo *no es*. Parece, por el contrario, que aquellos países en donde comúnmente se reconoce un mayor predominio de la masa, esto es, Rusia y Norteamérica, son hoy los países más poderosos, o sea, aquellos en que más vigorosamente se afirma la realidad actual del ser histórico. Los gobernantes de esos países no operan, sin duda, con una entidad negativa para obtener un poder positivo. Que esto sea deseable o no es otra cuestión. Se trata ahora de entender, no de valorar».

En conjunto creo que este párrafo conserva su vigencia y que puedo, por eso, repetirlo aquí. Ortega y Gasset mismo fue el que dijo que América es «el paraíso de las masas». La caracterización que hace Ortega en *La rebelión de las masas*, presenta a éstas como lo «cuantificado», mientras las minorías serían lo «cualificado», y la sociedad misma consistiría en la relación dinámica entre ambos elementos. La caracterización psicológica de ese elemento social cuantitativo coincide con la del tipo «amorfo», en líneas generales, y a esta caracterización se añaden rasgos típicamente sociales, como son, por ejemplo, el aumento general de la riqueza y del poder adquisitivo, incluso—añado—de la adquisición de mayor cultura, cuya avidez se muestra en el incremento universal de la escolaridad en la enseñanza. Se tiene en cuenta también el aumento de población, y la presencia, pues, en todas partes—centros educativos o recreativos, espectáculos, área política—de un número que no puede ser controlado y educado según los viejos moldes, pues falta tiempo para la morosa decantación que la educación tradicional suponía: piénsese en la enseñanza de universidades con miles de alumnos, en

los gigantescos mítines políticos y en fenómenos análogos. La nivelación de gustos y modas de vida, la tendencia, en algunos países avanzados, a la nivelación de fortunas, la nivelación de Europa y América y la tendencia a la nivelación—que Ortega todavía no señala, pues su obra data de 1930—de los países árabes, africanos y orientales con los occidentales, que tantos problemas trae consigo, para conseguir, en países con larga tradición de miseria, esa nivelación de vida a que tan incontinentemente se aspira. Esta fuerza de ascenso, que sin duda plantea graves problemas y puede originar luchas y catástrofes, es, en sí misma, un signo positivo, como Ortega mismo reconoce, al subrayar «la subida de todo el nivel histórico» en nuestro tiempo.

Pero hay otro rasgo, señalado por Ortega, que me parece por lo menos discutible. Dice que las masas intervienen *en todo* y que intervienen *violentamente*. Esto no compagina muy bien con la *inercia* que les corresponde como suma de sujetos amorfos, pero es una observación que merece considerarse. Que tienden a intervenir en todo, me parece exacto; que lo hagan violentamente siempre, no me lo parece, a juzgar por lo que nos dice la propia historia contemporánea. Ortega señala el sindicalismo, el bolchevismo y el fascismo como ejemplos de esta intervención. Pero, en su origen—esto es, justamente antes de su masificación—fueron violentas minorías las que actuaron, y no porque lo único que les importaba era imponer su opinión, tuvieran o no razón para ello, sino porque se consideraban en posesión de una verdad que debía ser violentamente impuesta, si no era acatada voluntariamente. Recuérdese que Hitler llegó al poder por elección; democráticamente, según se dice. Es verdad que tras la democracia se oculta, a veces, la demagogia, y que la masa es fácilmente arrastrada por los demagogos; pero, una vez arrastrada, son una mayoría votante que impone su criterio.

Por otra parte, la frase antes citada—«América es el paraíso de las masas»—se puede más particularmente aplicar a Norteamérica, donde las masas no suelen actuar violentamente, salvo, acaso, en la segregación racial.

De todas suertes, este impulso a la violencia, más o menos acusado, revela un carácter no inerte. Y lo mismo puede decirse del afán de vivir, del afán de gozar, del afán de dominio o de todas las formas de imposición e intervención.

Si se analizan grupos medios psicológicamente, éstos nos ofrecen una muestra de la masa, actualmente. Los resultados de estas pruebas caracterológicas dan, al lado de los amorfos, los sanguíneos, los coléri-

cos y aun los apáticos. Ahora bien, los sanguíneos y coléricos son muy activos y de una actividad múltiple. En la masa hay que contar con su fuerte impulso y su avidez vital, a la que los amorfos se acomodan. Los apáticos son los verdaderamente inertes y más bien frenan que impulsan el movimiento de las masas.

En el análisis susodicho se revelan algunos apasionados—en general pocos—que unen a su gran actividad un método, un control, un afán de mando o de sobresalir y un planeamiento de objetivos lejanos. Estos apasionados, juntamente con algunos coléricos de superior inteligencia, suelen componer la «minoría» que Ortega señala. Ellos dan la dirección y el sentido y ejercen el mando. Los nerviosos, los sentimentales y los flemáticos no son casi nunca «masa», ni directores de la masa; si acaso, los flemáticos en el orden intelectual. Los nerviosos son artistas o egocéntricos antisociales: los sentimentales gustan de la soledad y no tienen avidez de vida; los flemáticos realizan su vida autónomamente, según sus propias opiniones y no aceptan fácilmente las de los demás; en este último punto se les acercan los apáticos.

Los elementos más abundantes en la masa son, caracterológicamente, los amorfos y sanguíneos, es decir, los tipos poco emotivos y de función primaria. A la primariedad se debe la versatilidad y el gusto por la novedad que justamente se ha señalado en las masas. Pero esto no supone inercia, ni mucho menos. Así, la caracterología individual—y la colectiva de épocas y pueblos—permite una visión más exacta, por más compleja y matizada, del fenómeno de las masas y de su «rebelión», esto es, de que no acepten los gustos de la minoría, sino de que traten de imponer los suyos propios, lo que tampoco es compatible con una suma de elementos inertes.

Los conjuntos sociales, tan ricamente orquestados por su variedad y su unidad, integran todos los tipos. Un conjunto tal, ya no es sólo la masa, sino *un pueblo*. He aquí un tema que merecerá una especial aclaración: la diferencia entre «masa» y «pueblo» y la consiguiente cuestión de si puede hablarse de pueblos-masas o no.

V. MASA Y PUEBLO

La desaparición del egocentrismo, que suelen lograr la mayor parte de las personas normales en la madurez, y su incorporación a la tarea colectiva, en el conjunto del «nosotros», no implica la pérdida de la

propia personalidad, ni su desaparición en una masa amorfa, de individuos sólo cuantitativamente diferenciados, sino la pertenencia a los grupos sociales naturales, como la familia, el municipio, el grupo profesional, la nación; o bien la inclusión en sociedades de libre formación—culturales, deportivas o de cualquier orden—en las que cada uno se siente miembro comprometido en una tarea común.

Especialmente, la pertenencia a un país dado, configurado en nación con fisonomía histórica propia, no sólo por ciertas condiciones naturales o culturales, como la geografía, la raza, la lengua, la religión, sino también por una tradición histórica, que ha diseñado a lo largo de los siglos ese perfil, colectivamente personal, por el que un pueblo es reconocido y que supone un modo de ver y de actuar, un proyecto de vida en común y una plasmación real de ese proyecto, que alimenta pensamientos y acciones y mantiene un ideal que se ha de seguir persiguiendo, pues si se pierde, acaecen los fenómenos de atonía nacional histórica, de separatismo, lucha y descomposición del pueblo, sin ideal común que realizar en el mundo, según su destino unitario, que marcará una huella histórica.

Pertenecer a un pueblo no es, pues, pertenecer a una masa amorfa. Pero como en la actualidad se ha señalado el carácter masivo de ciertos pueblos muy potentes y, por otra parte, se ha negado potencia a la masa, surgen de aquí contradicciones que se hace preciso aclarar.

Como hemos visto, es caracterizada la masa por cualidades negativas o mediocres. Así, se habla de un descenso del nivel intelectual, de la capacidad crítica y de autodeterminación y del nivel moral. Incluso el individuo de personalidad acusada la pierde, en parte, al sumergirse en el anónimo de la masa; por lo mismo, su responsabilidad y su criterio propio quedan disminuidos.

Estos caracteres coinciden en gran parte con el tipo «amorfo» de que antes se ha hablado y con el *Enredadera* o *Cenicienta*, de los tipos antisociales—por modo pasivo o inerte—de la pintoresca terminología de Künkel y Dickerson.

Es notorio, sin embargo, que una «masa», que supone una comunidad de gran número de individuos, no puede estar compuesta sólo de amorfos. Pudiera éste ser, en todo caso, el tipo predominante. Pero los demás tipos, al sumergirse en ese compacto todo y al ser regulados según un módulo común de vida, tenderían a perder sus aristas personales y a redondearse y pulirse, como esos cantos de río que, arrastrados en montón por las aguas, acaban por adquirir todos las mismas formas redondeadas y las mismas superficies pulimentadas.

Solamente los individuos que por su fuerte control, o, al revés, por su descontrolada emotividad; o bien, aquellos que unen un gran control a una gran actividad, sería difícil que se despersonalizaran en la masa amorfa. Pero es curioso comprobar que, en las nuevas sociedades masivas, estos tipos, si no son los conductores de la masa misma, serían precisamente los antisociales los que no encajarían en la comunidad uniformada.

La existencia misma de las masas es un hecho social permanente, pero cambia el papel que juegan en la historia. Según Ortega y Gasset, las sociedades se constituyen en la tensión de minorías conductoras y masas conducidas. Si este papel se invierte y las masas no reconocen el valor de las minorías ni se dejan conducir por ellas—con lo que imponen sus gustos y un más bajo nivel cultural—, tenemos el fenómeno de «la rebelión de las masas», que ha dado título a uno de sus más famosos libros. Las masas pasan al primer plano de la historia y los hombres de fuerte personalidad o las cultas minorías resultan aplastadas por las fuerzas masivas sin dirección. Los aparentes directivos de las masas son los empujados por ellas, los que se les ponen al frente, pero no tratando de encauzarlas, sino aceptando los impulsos que parten de abajo.

No sólo Ortega y Gasset, sino otros muchos filósofos, historiadores y sociólogos, coinciden en señalar nuestra época como una época de predominio de las masas. Se ha señalado el carácter de nivelación y uniformidad que reviste la sociedad actual, tanto en los países comunistas como en los capitalistas, por la uniformidad que impone la industrialización y la concentración en grandes urbes. La fuerza y predominio de la masa es, pues, independiente del clima político en que la sociedad respira.

De hecho, el fenómeno es históricamente nuevo. Spengler lo consideró como un fenómeno social característico de las épocas de anquilosis y decadencia de las «culturas», que él llama etapas de «civilización». Así, Roma, en los tres últimos siglos del Imperio, se caracterizaría por el carácter apátrida, irresponsable y desesperanzado de sus habitantes, para los cuales la tradición romana auténtica había perdido todo sentido. Toynbee habla también, en el Imperio Romano, de un «proletariado interno», que estaría constituido por esa multitud irresponsable y desvinculada de que habla Spengler, y de un «proletariado externo», que, en el caso particular de Roma, serían los «bárbaros del Norte». Pero estos dos proletariados se darían, según Toynbee, en toda etapa final de una sociedad, y la transmisión de la cultura alcanzada de la vieja

sociedad a las nuevas que podrían formarse, se transmitiría por una iglesia universal, que en el caso de Roma es—claro está—el cristianismo, pero que no en todos los tránsitos históricos parece fácil de señalar.

Según estos antecedentes, parece que la «masificación» de una sociedad aumenta conforme ésta se va desarrollando, y que el fenómeno llamado «rebelión de las masas» se produce en la última etapa de su evolución, cuando las minorías creadoras están agotadas y ceden a los impulsos primitivos de la masa.

Pero estas enseñanzas históricas suponen que se pueden establecer claras diferencias entre «masa» y «pueblo» y—todavía más—que el predominio de la masa o del tipo masivo de la vida no supone la anulación del pueblo y su suplantación por la masa amorfa. Si así fuera, no podríamos hoy hablar de la objetividad y la ponderación del pueblo americano o de la «misionalidad» del pueblo ruso, como hace Warner Sombart, por ejemplo.

Tampoco es forzoso—salvo profesar un fanatismo histórico, por principio—que un pueblo que alcanza esta «situación masiva» esté en forzosa decadencia y haya de extinguirse lenta y catastróficamente, como piensa Spengler, de acuerdo con su teoría de la incomunicación de las «culturas», que es contraria a lo históricamente comprobable.

Habrà, pues, que señalar, ahora, en qué sentido se diferencia «masa» y «pueblo» y cómo un pueblo, aun masificado, puede seguir siéndolo y jugar como tal un papel histórico activo, que no correspondería a la masa inerte.

Notemos, también, que el concepto de masa es relativo al momento histórico. Lo que eran «masas» en el Imperio Romano no lo serían hoy, puesto que los medios actuales permitirían disolverlas como masa-bloque y reducirlas o resolverlas en «pueblo». Lo que hoy son masas-bloques pueden no serlo en el futuro; el que hoy lo sean depende de que no podemos resolverlas en pueblo orgánico con los medios actuales; pero esto no significa que siempre haya de ser así.

VI. LAS DIFERENCIAS ENTRE MASA Y PUEBLO

Las consideraciones hechas en apartados anteriores nos llevan a la necesidad de establecer diferencias entre «masa» y «pueblo», pero, además, a tratar de aclarar en qué sentido la moderna masificación de

los pueblos no les hace perder su carácter de tales, ni los anula por consiguiente históricamente, como parece que fueron anulados en la antigüedad, o decayeron, los pueblos en que se produjo el fenómeno de la aparición de las masas en primer plano histórico, es decir, de lo que se ha llamado la rebelión de las masas.

De una manera singularmente vigorosa encuentro la diferencia de masa y pueblo, en el sentido más corrientemente admitido, en el *Mensaje de Navidad*, que dio S. S. Pío XII en 1944. Dejando, pues, lugar a su autorizada palabra, he aquí cómo el pontífice señala las diferencias elocuentemente:

«Pueblo y multitud amorfa o, como se suele decir, «masa», son dos conceptos diversos. El pueblo vive y se mueve con vida propia; la masa es por sí misma inerte, y no puede recibir movimiento sino de fuera. El pueblo vive de la plenitud de la vida de los hombres que le componen, cada uno de los cuales—en su propio puesto y a su manera—es persona consciente de sus propias responsabilidades y de sus convicciones propias, la masa, por el contrario, espera el impulso de fuera, juguete fácil en las manos de cualquiera que explota sus instintos o impresiones, dispuesta a seguir cada vez una, hoy esta, mañana aquella otra bandera.

»De la exuberancia de vida de un pueblo verdadero, la vida se difunde abundante y rica en el Estado y en todos sus órganos, infundiéndolo en ellos con vigor, que se renueva incesantemente, la conciencia de la propia responsabilidad, el verdadero sentimiento del bien común. De la fuerza elemental de la masa, hábilmente manejada y usada, puede también servirse el Estado; en las manos ambiciosas de uno solo o de muchos, agrupados artificialmente por tendencias egoístas, puede el mismo Estado, con el apoyo de la masa, reducida a no ser más que una simple máquina, imponer su arbitrio a la parte mejor del verdadero pueblo; así, el interés común queda gravemente herido, y por mucho tiempo, y la herida es muchas veces difícilmente curable.

»Con lo dicho parece clara otra conclusión: la masa—como Nos la acabamos de definir—es la enemiga capital de la verdadera democracia y de su ideal de libertad y de igualdad».

Los caracteres salientes—inerencia, irresponsabilidad, sugestibilidad y automatismo—se hacen resaltar muy vivamente. Aún insiste, en el párrafo siguiente, en la conservación, por el ciudadano, del sentido de responsabilidad personal, del sentido de su propia dignidad y libertad humanas y del consiguiente respeto de la dignidad y la libertad de los demás, así como del reconocimiento de las desigualdades naturales y

culturales y del sentido de su posición social y respeto de las jerarquías, no por una imposición violenta, sino por una capacidad para asumir consciente y objetivamente lo que se da en la realidad, con todo lo cual se puede mantener el espíritu de comunidad, conscientemente asumido, como hemos dicho al hablar de la integración del yo en el «nosotros maduro», por vía de autoconvicción y acoplamiento social.

Por eso el pontífice considera, en el párrafo citado, que la «masa» —caracterizada en la habitual forma peyorativa— es «la enemiga capital de la verdadera democracia y de su ideal de libertad y de igualdad», pues la masa no asume una situación social por autoconvicción, es decir, de un modo consciente y libre, sino por imposición o por sugestión. Se le puede imponer un hombre o una minoría audaz y decidida, por su inercia, y se le puede arrastrar sugestivamente por un mito, sin que intente razonarlo. Ambas situaciones, claro es, son antidemocráticas, utilizando la palabra democracia, tan maltratada, en su correcto sentido de dominio consciente del pueblo—ya que en otro caso sería demagogia—, tal y como la entendieron los griegos de la época de Pericles y como la recogió, luego, Aristóteles, si bien el «pueblo» estuviera formado entonces sólo por los hombres libres y se necesitara el cristianismo para integrar en un pueblo a todos los hombres que en él viven. La democracia de que habla el pontífice, esto es, la que se produce por «la exuberancia de un pueblo verdadero», con conciencia de la responsabilidad y sentido del bien común, es claro que no puede darse en una masa amorfa, irresponsable y sólo determinada por sus apetitos e impulsos elementales, o sugestionada por mitos irracionales o por la fuerza personal de un conductor imperioso. Esta masa está sujeta a vaivenes emotivos y denigrará los mitos que adoró o arrastrará los ídolos que levantó sin remordimiento alguno, por su fondo de inconsciencia y su vida centrada sólo en el momento presente.

Quiere decirse que la democracia auténtica exige un respeto de valores y jerarquías, un orden y un sentido del bien común, conscientemente asumidos. Si esto no se cumple, es cuando se da el fenómeno de la rebelión de las masas y, entonces, si éstas tienen ocasión de opinar o de imponerse, su plebiscito exaltará los ídolos que, en ese momento, simbolicen sus impulsos, que serán, así, sólo aparentemente guías. El mismo Ortega, si no recuerdo mal, dijo en las Cortes, en la época de la República, que si en estas circunstancias se recurría al plebiscito, pronto resonaba «la sandalia del César sobre el pavimento de mármol».

Pero falta saber si la aparición de la masa lleva forzosamente, más pronto o más tarde, al fenómeno de su «rebelión», y de aquí a la decadencia de la sociedad en que el fenómeno aparece. Porque la aparición de la «situación masiva» parece en ciertos momentos históricos inevitable. Por lo que se refiere a nuestro «ahora», el crecimiento incesante de la población del globo y la entrada en el escenario histórico de las ingentes multitudes asiáticas, hace necesario contar con el hecho de la masificación y se debe estar preparados a asumir la situación real que estas masas creen, sin descartar de antemano toda solución positiva, al modo del «catastrofismo» spengleriano o de cualquier otro fatalismo histórico.

De hecho contamos hoy con pueblos en que el fenómeno de masificación no acusa síntomas de decadencia, sino de poderío. No hace falta decir que me refiero a los Estados Unidos y a la U. R. S. S. Pero es el caso de que en ninguno de estos Estados la aparición de la masa o de un tipo de vida masivo ha ido, hasta ahora, acompañado del fenómeno de «rebelión». Ciertamente que las soluciones han sido muy diferentes, pero les es común el mantenimiento de un orden, de una jerarquía y de un sistema de valores. No prejuzgo el «valor» de estos valores; el sistema de valores marxista puede ser, juzgado desde el punto de vista occidental, un sistema de antivalores. Pero es el caso que se mantiene un sistema valorativo y que no se da, al menos claramente, el fenómeno de rebelión de las masas. El carácter masivo se manifiesta en el modo de vida y en la uniformidad de creencias, aunque éstas puedan parecer visiblemente impuestas. La imposición violenta no es clara en Rusia misma, pues durante la ocupación alemana de extensas zonas pudieron repudiar el comunismo. Esto no se produjo. Es verdad que acaso intervinieron factores psicológicos, como el odio al invasor y desacoplamiento de vida, pero el hecho histórico es que no se formó un gobierno de reacción, ni un gobierno democrático nuevo, ni hubo la colaboración que pudiera presumirse. En los países satélites es claro el hecho de la imposición, como manifestó la rebelión húngara. Pero fue una rebelión más contra el dominio extranjero que contra sus ideas, como en España se dio la rebelión contra Napoleón, mientras las cortes de Cádiz adoptaban las nuevas ideas.

En los Estados Unidos, si es que son, según la frase orteguiana, «el paraíso de las masas», no se da el desorden ni la elección cesarista de un ídolo de las multitudes. No es en el campo moral o en el orden social donde aparecen deficiencias, sino en el intelectual. Las medidas

de nivel mental acusan un nivel medio bajo, rasando el coeficiente mental normal, pero no alcanzándolo ni superándolo en la mayoría de los casos. Es decir, es la falta de crítica y de posición personales lo que más se acusa. Aun en el caso de que se mantenga el tradicional individualismo anglosajón, se mantiene uniformado.

Pero la tensión minoría-masa sí que se mantiene, sólo que la masa exige a los hombres de excepción una vida externa lo más aproximada posible al término medio. Si se observan históricamente los hechos, se notará que, de todas formas, las excepcionalidades, en una sociedad normal, han tenido siempre que hacerse perdonar un poco su singularidad. Aquí se da este mismo fenómeno, sólo que acaso con más intensidad y amplitud. Pero esto no impide la dirección minoritaria de la masa. En cuanto tal estructura se mantiene, se mantiene también el «pueblo» como tal, sin disolverse en un conglomerado amorfo.

VII. EL «PUEBLO» Y LOS INDIVIDUOS

Por lo pronto, se nos presenta, como dato elemental, que un gran aumento de población, así como la unión de muchos territorios bajo un solo mando, produce consecuentemente masas humanas, se conserve en ellas el carácter de «pueblo», es decir, de unidad orgánica históricamente, que actúa en un sentido, o se convierta en un agregado amorfo, que es lo que corrientemente se denomina masa.

Al producirse tal aumento de población, los reductos selectivos de las épocas no masivas serán materialmente asaltados por un gran número de personas que aspiran legítimamente a elevar su nivel de vida. Así, por ejemplo, los centros de enseñanza, destinados antes a la selección minoritaria, aumentan en alumnado de tal modo que se hacen imposible casi por completo las relaciones personales entre maestros y discípulos y los exámenes tienden a hacerse automáticos e impersonales. Lo mismo ocurre en ciertos centros de recreo, en espectáculos y otros ámbitos, antes de reducido número.

Parece ser que esta especie de invasión, al producir un gran crecimiento cuantitativo, debe hacer que se cumpla la ley de que lo que se gana en extensión se pierde en intensidad, de modo que la cultura, por ejemplo, se extenderá a mayor número de gentes, pero su nivel será más bajo.

Ahora bien, este descenso de nivel es el camino de la masificación, en el sentido peyorativo de la palabra. Mas debe advertirse que, parejamente, se manifiesta otro fenómeno: sobre una extensa zona de población culta es más fácil que destaquen los hombres verdaderamente valiosos y que, en la situación selectiva, podían encontrarse, al menos algunos, entre la gran parte de la población a la que les era inasequible una cultura superior.

Esta ventaja contrapesa la desventaja anteriormente señalada, de un más bajo nivel cultural. Sobre el amplio zócalo de personas que reciben instrucción se puede destacar un mayor número de figuras, aunque la cultura no esté orientada selectivamente.

Por otra parte, la mayor extensión de nivel medio hará posible dar formas sociales más conscientes de su trayectoria histórica y de su papel actual en el mundo que a los pueblos de cultivada minoría, pero de inculta mayoría. Así, la tradición de un pueblo no será por éste simplemente sentida, sino asumida con verdadero conocimiento de su valor; del mismo modo, esa especie de instinto histórico que hace actuar a un pueblo según lo requieren las circunstancias de su época y de su situación en el concierto de todos los países del mundo, se podrá convertir en un impulso dirigido, esto es, previamente conocido y voluntariamente decidido sobre la base de tal conocimiento.

Todas estas aclaraciones obedecen a la necesidad de asumir la situación real de nuestro tiempo. Es de sobra conocido el enorme aumento de población en el mundo, especialmente en los países occidentales, desde el pasado siglo. También es un hecho la formación de Estados de ciento cincuenta, doscientos millones de habitantes y aún más. Y, por último, estamos viviendo el incontenible impulso de elevación del nivel medio de vida, que lleva a un menor distanciamiento de las clases sociales, tanto en los pueblos occidentales, en los que Toynbee llama el «proletariado interno», como en aquellos otros pueblos que parecían detenidos en su marcha histórica y resignados a un bajo nivel de vida, como los pueblos indio, chino, árabes y negros. Parece como si hubieran de pronto despertado y reclamasen su parte en la distribución de las riquezas del mundo. Este es el «proletariado externo», en la expresión de Toynbee, y constituye un gran problema mundial resolver su digna y humana introducción en el nivel medio de la vida occidental.

No parece que baste con que un pueblo resuelva particularmente su problema, pues su existencia a cierto nivel de vida, estará siempre amenazada por los pueblos que no la han resuelto, y, a la

larga, es muy difícil subsistir en estas condiciones, aunque de momento la superioridad cultural, técnica y económica pueda mantenerla.

La tendencia es, pues, universal, y sólo en este plano puede resolverse totalmente. No obstante, el hecho de que algunos grandes pueblos, en los que el elevado número de habitantes que lo constituyen, dan a sus instituciones y a sus modos de vida un carácter masivo, y en donde se ha producido efectivamente el fenómeno invasor de que al principio hablábamos, se hayan mantenido como tales «pueblos», es decir, informados y no amorfos, con conciencia de su situación y con arranque para proyectarla mundialmente, nos enseña que el gran número, creador forzoso de la masa, no significa, sin más, creador de una masa amorfa, ya que puede ser informada en «pueblo», en la colaboración y sentimiento comunes o según el plan trazado por los mismos que deben a la elevación del nivel de vida, y a la extensión cultural que lleva consigo, el haber podido destacar y el llegar a ser elementos directivos en la sociedad que los ha formado, los ha elevado y los sostiene.

No en todos los pueblos se verifica del mismo modo la integración de los individuos en una «masa informada». Depende de sus características propias, de los tipos psicológicos dominantes y de su consiguiente modo de reaccionar. Es más, la integración en el todo puede ser compatible con el «individualismo», entendiéndolo por tal no el cierre egocéntrico de los tipos antisociales, descrito en capítulos anteriores, sino el desenvolvimiento de la vida de cada individuo con gran independencia de los otros, y aun con cierto aislamiento y falta de intimidad con tal que todos se sientan embarcados en una obra común, es decir, se verifique la integración en la comunidad que supone el «nosotros maduro» del hombre que, aun reconociendo las imperfecciones de la sociedad humana, colabora en el conjunto, sin resentimientos ni extravagancias ni vanas protestas contra tales imperfecciones, pues esta colaboración positiva—y no la protesta egocéntrica—es la única que puede aminorar los defectos inherentes a todas las creaciones humanas, siempre, no obstante, perfectibles.

VIII. PELIGROS DE UNA INDEFINICIÓN VALORATIVA DE LOS PUEBLOS

Entre los problemas que plantea la «psicología del nosotros» no he visto expresamente formulado uno latente en los capítulos anteriores

y que, tanto moral como históricamente, me parece de importancia capital: ¿cualquier comunidad, en el concierto humano, puede ser igualmente válida?

La contestación afirmativa a esta pregunta supone una indefinición valorativa; la contestación negativa supone una valoración definida y jerarquizada.

La contestación afirmativa supone que es bueno, en todo caso, la capacidad para integrarse en un conjunto, pero no dice nada expresamente sobre el valor que tenga esta integración según los fines que la comunidad persiga y su modo de actuar. Sin embargo, lo que no se dice expresamente, tácitamente se supone, lo que hace que en el fondo se dé una valoración y desaparezca la aparente indefinición valorativa.

En efecto, aunque se abarque un «grupo social» reducido y no una nación entera, es notorio que esa integración del yo individual en el grupo supone una colaboración conforme a la naturaleza fundamental del hombre y al cumplimiento de sus fines propios, pues de otro modo no podría valorarse positivamente desde un punto de vista social. Integrarse, por ejemplo, en una banda de criminales es considerado antisocial, puesto que va contra los derechos naturales del hombre y contra los fines fundamentales que la sociedad civil debe proponerse, esto es, el mantenimiento de la justicia y el orden y la consecución del bien común.

Si ampliamos el área social, podríamos también decir que un Estado destructivo, que continuamente altere las tareas pacíficas de los hombres y los desvíe de su acción productiva y de su perfección moral, no sería un «grupo nosístico», en el sentido en que los autores citados tácitamente suponen, sino «antinosístico», pues se trataría de un grupo que iría contra todos los demás, y que, en último término, no perseguiría valores humanos positivos, sino la destrucción de la sociedad misma.

Por eso, a mi juicio, no basta suponer la valoración, sino que hay que formularla expresamente, con el fin de evitar la indefinición que apuntábamos y la ambigüedad que de ella se sigue para la consideración social de la naturaleza humana.

Ahora bien, de lo expuesto se deduce que sólo una idea precisa de la naturaleza humana y del destino propio del hombre, tanto individual como socialmente considerado, nos proporcionará criterios adecuados para valorar la integración del individuo en una comunidad determinada, y, al mismo tiempo, nos dará idea del valor humano de la comunidad misma.

El hombre es un ser, como es bien sabido, de naturaleza dual, aunque fundidos sustancialmente los dos componentes, que son el alma y el cuerpo. Esta dualidad de la humana naturaleza duplica sus fines, puesto que el destino del hombre—esto es, el cumplimiento más elevado de su propia humanidad—sólo se alcanzará mediante la doble perfección del alma y el cuerpo, lo que supone la persecución de bienes espirituales y materiales. Entre los bienes espirituales perseguidos destaca uno—la propia salvación—, cuyo cumplimiento sólo se alcanza en la otra vida, pero que ha de perseguirse desde la presente, ajustando la conducta a la ley moral.

Quiere, pues, decirse que si el individuo se integra en un grupo social que va contra el cumplimiento del fin último y de los fines próximos que al hombre le corresponden según su naturaleza, esta integración no puede ser valorada socialmente de un modo positivo. Así, la integración en un Estado por principio ateo o en otro Estado por principio anticultural, no es una manifestación de la «sociabilidad» natural del hombre, sino de su, también a veces natural, «insociabilidad», es decir, una manifestación de aquellas tendencias aniquiladoras que laten en la naturaleza del hombre al lado de las tendencias conservadoras de su vida, de su cultura y del cumplimiento de su más alto destino.

Si en un momento histórico dado se pueden constituir «grupos sociales» muy amplios que tergiversen los fines propios del hombre, lo que ocurre es que en esos momentos hay una gran abundancia de tipos antisociales, cuya agrupación no deja de ser antisocial en su raíz, aunque se constituyan en grupo. La «natural» sociabilidad del hombre, de que tanto se habla, se puede manifestar, así también, de un modo negativo: constituyendo «grupos sociales» que son, en el fondo, «grupos antisociales», pues van contra los fines mismos de la sociedad.

La sociedad, en efecto, tomada en toda su amplitud humana, sólo puede persistir y perfeccionarse cuando está de acuerdo con la naturaleza del hombre individualmente considerado, pues si va en contra de la naturaleza de cada hombre, no le tomará como hombre sino como pieza de una potente máquina, que es como el negativo de la sociedad. La potencia que esta sociedad adquiera no será «humana», sino anti-humana, y cuanto mayor sea, más contribuirá a la anulación del hombre en cuanto hombre, y por lo tanto, a la larga, a la destrucción de la sociedad misma, pues si ésta en vez de componerse de hombres se compone de autómatas obedientes maquinalmente a un todo absoluto, no se trata de una sociedad, sino de un monstruoso mecanismo.

Se necesita, pues, que los fines del grupo coincidan con los propios del hombre, para que se pueda hablar de una integración verdaderamente social del individuo. Este es un supuesto de la «psicología del nosotros», pero precisamente por ser supuesto, no aparece destacado, y podría inducir al error de considerar como social la integración en cualquier grupo o comunidad, aunque ésta se propusiera fines anti-humanos.

Es claro que, sobre esta coincidencia de lo social con lo individual, aparecen lazos nuevos y múltiples, sin lo cual no se daría propiamente el carácter de grupo. Pero este aspecto—es decir, el puramente social—, suele aparecer bien destacado en la sociología contemporánea, así como en la psicología colectiva; en cambio, el hecho de que el hombre sigue siendo una persona individual que no se anega en el todo, aunque no se niegue, aparece difuminado o completamente olvidado, porque el origen positivista de esos estudios, y la consideración universalista de lo social que le es aneja, hace perder de vista esa coincidencia fundamental entre los fines individuales y los fines sociales, sin la que no puede hablarse con sentido humano, de sociedad.

Las llamadas «sociedades animales» son designadas así sólo metafóricamente, puesto que la agrupación está determinada por el instinto. La característica de las sociedades humanas, únicas a las que el nombre se aplica en sentido propio y no analógico o metafórico, es que cada individuo asume conscientemente su pertenencia al grupo social. Lo que describe la «psicología del nosotros» como «nosotros maduro» destaca mucho este carácter consciente y libre de la integración, que supone las ventajas y también las inevitables limitaciones, de la sociedad humana; es decir, que supone un conocimiento de tipo superior y una admisión consciente de estas ventajas y límites, mediante una libre decisión.

Diríamos que, con esto, la «psicología del nosotros» señala la dirección, pero no el sentido en que se da el movimiento de integración del hombre en los grupos sociales. Y sin señalar este sentido, puede darse la indefinición valorativa de los grupos sociales que hemos señalado, con los peligros que esto acarrea, no desde el punto de vista psicológico, sino moral y humano en general, y con la confusión, en el fondo, de lo social y lo antisocial.

EL POEMA DE RODA EN HONOR DE RAMON BERENGUER IV

Por DOLORES PORTA

EL erudito padre Villanueva, que tantos documentos y datos interesantes dio a conocer en su *Viage literario*, publicó en el tomo XV, al describir el archivo de Roda, un himno a Ramón Berenguer IV que, no obstante estar incompleto, es del mayor interés histórico y literario y encierra una serie de problemas, alguno de los cuales intentaremos plantear en los párrafos siguientes.

TEXTO

El códice que nos ha transmitido el himno se hallaba en el archivo de la catedral de Roda, en la época del padre Villanueva: «En otro códice—dice el sabio historiador—, s. XIII, 8.^o, están los tres libros publicados de san Isidoro *De summo bono*, los *Soliloquios* de san Agustín y un opúsculo que comienza así: *Incipit liber alit garit de viciis et virtutibus*. Al fin, un fragmento de un poema en elogio del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV»¹. El códice se halla actualmente en la catedral de Lérida, bajo la signatura ACL, Roda, 8.

A continuación, damos el texto del padre Villanueva con algunas variantes que debemos a la amabilidad de don Manuel Guallar, catedrático del Instituto de Enseñanza Media de Lérida, quien ha cotejado el texto publicado con el original.

1. P. VILLANUEVA, *Viage literario*, t. XV, p. 173.

- 1 Fulgent nova per orbem gaudia
nova mundum replet leticia
unde Christo regi sit gloria.
- 4 Novus solis emicat radius
nitens omni{s} sidere clarius,
cui non est similis alius.
- 7 Cedunt ecce falanges hostium,
nullus pavet hostilem,
temnit quisque sibi contrarium.
- 10 Fracta cadunt sepcies gentilium,
solidantur signa fidelium
per te, comes Barchinonensium.
- 13 Idem princeps Aragonensium,
dux Tortosae, rex Illerdensium,
penetrasti regale solium.
- 16 Psallat Deo celi militia.
Quod nequid humana facundia
solvat Christo celestis curia.
- 19 O quam mira...

5 omnis] *Seguimos al padre Villanueva, corrigiendo omni.*

8 hostilem] *Parece incompleto el verso, quizá sea gladium.*

10 fracta] *tracta, Villanueva. La grafía del código es más exacta y el sentido más natural. || sepcies] Villanueva vacila entre septa y septies, influido, sin duda, por la errónea transcripción anterior. En la época medieval este numeral se usa más que en la significación de siete en la acepción de «muchas o innumerables veces» que es el sentido que aquí tiene. Ha de pensarse en la progenie medieval mágica de este número. Las referencias al número siete en las expresiones de felicitación estaban fundamentadas en ideas de origen pitagórico. Ya en el himno al mártir san Lorenzo de nuestro Prudentio leemos en el v. «O ter quaterque et septies... beatus...» confirmando el empleo de «septies» en esta acepción.*

17 nequid] *nequit, Villanueva.*

TRADUCCIÓN

Como el interés de este artículo es, sobre todo, de divulgación, damos seguidamente la traducción del poema:

Nuevos goces fulguran por el orbe,
una nueva alegría inunda al mundo
por la que gloria haya a Cristo Rey.

Nuevo rayo de sol luce radiante
que brilla con más claridad que los astros todos,
semejante al cual no hay otro.

He aquí que las falanges de enemigos se retiran,
ninguno teme al ejército adversario,
cada uno desprecia a su contrario.

Rotas caen una y otra vez las enseñas de los gentiles,
firmes permanecen las banderas de los fieles
por ti, conde de los barceloneses.

siendo a la vez príncipe de los aragoneses,
duque de Tortosa, rey de los ilerdenses,
te asentaste en el solio regio.

Que cante a Dios la milicia del cielo;
lo que no puede la humana elocuencia
páguelo a Cristo la corte celestial.

Oh cuán admirable...

VALOR LITERARIO

Las tres primeras estrofas contienen una honda vibración épica llena de entusiasmo. La tercera y cuarta explican las gestas que motivan esta vibración y el final de ellas nos descubre al glorioso paladín de la Reconquista: *Per te, comes Barchinonensium*, el *novus solis* de la bella metáfora de la segunda estrofa. La quinta enumera los títulos de conde de los barceloneses, que es a la vez príncipe de los aragoneses, duque de Tortosa, rey de los ilderenses, con la afirmación de que penetró en el solio real. La sexta y última estrofa es un himno de alabanza a Dios por este feliz momento histórico.

Más que un poema épico parece un himno religioso. Los poemas épicos medievales tienen un más elevado acento heroico, mayor extensión y están escritos en exámetros, el metro de la epopeya. Aquí vemos desde el primer momento una acusada intención religiosa. Ya en la primera estrofa, *unde Christo regi sit gloria*, y en la cuarta, las fuertes antítesis de los dos versos primeros que finalizan en *gentilium* y *fideliium*. La sexta es, como ya hemos dicho, un perfecto cántico de acción de gracias a Dios. La versificación es la acostumbrada en la himnología sacra. Citemos, en fin, las palabras de san Agustín: *Hymnus scitis quid est? Cantus est laude Dei (in Psal. 148)*.

Esta alabanza a Dios está motivada por las gloriosas gestas del conde de Barcelona: *per te, comes Barchinonensium*. Gestas que no detalla, pero a ellas alude en el *dux Tortosae, rex Illerdensium*, de la quinta estrofa, estrofa desconcertante por su *rex Illerdensium penetrasti regale solium* que será más tarde objeto de comentario. Las segunda, tercera, cuarta y quinta estrofas recuerdan, por su contenido, los poemas laudatorios que celebran las hazañas de los caudillos de la Reconquista. Tal el poema de Almería que nos describe en exámetros la toma de esta ciudad a los moros, enumerando los caudillos que tomaron parte en esta gloriosa empresa. Y el poema en dísticos, de Ermoldo, sobre Ludovico Pío, con el que tiene nuestro himno alguna coincidencia. Así, en los versos correspondientes a la conquista de Barcelona, Ermoldo dice en un exámetro: *Mars furit, ante cui non fuerat similis*. El poeta anónimo del himno dice en el verso 6 de la segunda estrofa: *cui non est similis alius*. Hay también coincidencias de vocablos. Los dos usan *cadere*, *penetrare*, *psallere*. El autor del himno a Ramón Berenguer IV no se propuso imitar, claro está, a Ermoldo el Negro, pero sin duda conocía su poema.



Esta conocida miniatura es una de las representaciones más antiguas del conde y su mujer, ésta aparece con corona real y cetro, y Ramón Berenguer, con corona condal. La serie monográfica de ambos es muy curiosa. Así el retrato conservado en el palacio arzobispal de Toledo. Doña Petronila se muestra regiamente ataviada, en posición de avance con respecto al conde, su marido. Corona real ciñe su cabeza. El conde aparece tocado según la época, sin corona real, y mientras la reina sostiene con su mano derecha un hermoso cetro labrado con primor, como insignia de su dignidad real, Ramón Berenguer lleva en su izquierda sencillo atributo significativo de su autoridad y potestad de administración y gobierno. Los retratos aragoneses, también muy interesantes, aunque poco numerosos, suelen ser del siglo xvi o de la centuria siguiente.

El himno se nos ha conservado incompleto. No sabemos, si en las estrofas que faltan, el poeta celebraría las hazañas de Fraga y Mequinenza, Ciurana y Miravete. Si así fuera, el himno tendría más carácter épico que religioso. Es mejor suponer que no falten más que una o dos estrofas, pues la que comienza por *Psallat Deo...* parece iniciar el pensamiento final del himno. Con todo, la intención religiosa del himno es un pretexto para dedicar a Ramón Berenguer IV tres estrofas laudatorias bellísimas, la segunda, tercera y cuarta—la segunda, la más lograda de todas—y para destacar en la cuarta la motivación especial de esta poesía.

LA MÉTRICA

Este himno está dividido en estrofas de tres versos, cada una con su rima propia, independiente, excepto en las estrofas tercera, cuarta y quinta, en que se repite la rima *-ium*. La rima afecta a las dos últimas sílabas del verso, costumbre que se generalizó gradualmente hacia el año 1100².

El autor se atiene más a normas rítmicas de carácter acentual que a normas cuantitativas. La poesía métrica basada en la cantidad silábica sólo era cultivada a la sazón por algunos eruditos, y la poesía rítmica había tenido un nuevo florecimiento a partir del siglo xi, gracias a sus relaciones con la música; su pleno desarrollo tiene lugar, como es sabido, en el siglo xii. Las reglas de esta nueva poesía fueron establecidas por W. Meyer³. En la poesía rítmica, la versificación se hace puramente silábica: se funda en el número de las sílabas, que debe ser el mismo para todos los versos que se corresponden entre sí. Existen desde luego excepciones, como puede verse en esta misma poesía, en los versos 8 y 10, La cadencia de final de verso debe ser idéntica, o bien \curvearrowright ; o bien \curvearrowleft . Desde luego, estas anotaciones, préstamo de la poesía métrica o cuantitativa, sólo se usan por analogía y no responden a la realidad prosódica: el signo — designa la sílaba tónica y el signo \curvearrowright la sílaba átona.

2. Cfr. KARL STRECKER, *Introduction à l'étude du latin médiéval* (trad. al francés por Paul van de Woestijne), Lille-Genève, 1948, págs. 46-7; para otros detalles, M. DOLC *Sobre un distico pinatense*, en ARGENSOLA, t. II, p. 269.

3. W. MEYER, *Der Ludus de Antichristo. Ueber die lateinischen Rhythmen*, Münchener. S. B., 1882, t. I, p. 14 y ss.

El tipo de versificación de la poesía sobre Ramón Berenguer IV no se corresponde con los diversos tipos de aquella época, de los cuales hay un resumen en el manual de Strecker⁴. Puede decirse que se corresponde con la versificación de los himnos sacros, de preferencia yámbicos o trocaicos, cuyo elemento rítmico es el acento. Cada verso consta en este himno de dos hemistiquios, sólo en el verso 17 la cesura no es exacta: en efecto, no se encuentra después de *nequid*, sino después de la primera sílaba de *humana*. El primer hemistiquio está formado siempre por dos pies «trocaicos»: esquema 2 — ∪. El segundo, en general, por dos pies de la misma naturaleza y por un pie «yámbico»: esquema 2 — ∪ + 1 ∪ —; se incluyen dentro de este esquema los versos 2, 3, 4, 5, 6, 9, 11, 12, 13, 14, 16 y 17. Se apartan, en cambio, de él, cuatro versos, el 1, 7, 15 y 18, en los cuales la versificación es totalmente «yámbica»: esquema 3 ∪ —. Podríamos decir que la estructura total de la mayoría de estos versos es la siguiente: 4 — ∪ + 1 ∪ —. Se trata, por tanto, de versos de diez sílabas, número que se reduce a siete en el verso 8 y se amplía a once en el verso 10.

Salta a la vista la semejanza intencionada de las finales de cada estrofa; la primera estrofa, en *-ia*; la segunda, en *-ius*; las tres siguientes, en *-ium*, y la sexta, en *-ia*. Este recurso de rima final da al himno cierta monotonía, pero su ritmo, basado en el acento tónico, le presta armonía, elegancia, musicalidad y belleza.

Todo en esta poesía denota un autor culto y familiarizado con los clásicos, ya que el vocabulario y la sintaxis entran de lleno en la ortodoxia clásica, aunque vemos, naturalmente, expresiones de cuño cristiano y alguna del latín medieval.

MOMENTO HISTÓRICO DEL HIMNO

El feliz momento histórico que celebra el himno no es otro que el de la plenitud de gobierno de Ramón Berenguer IV en el momento en que, habiendo conquistado Tortosa y arrebatado a la morisma Lérida, hacía retroceder las falanges de los enemigos, mientras consolidaba la unión entre los caudillos cristianos.

4. STRECKER, op. cit., p. 48.

Era el momento en que la nobleza aragonesa veía confirmar el feliz acierto de las nupcias de Cataluña y Aragón, debidas a la clarividencia política del rey Monje, que en el siglo XII se disponía a continuar la ley histórica que indicaba desde la antigüedad la existencia de un gran estado en la vertiente noreste de la península, ocupando aproximadamente la tierra de los primitivos iberos y la gran provincia Citerior o Tarraconense de los romanos. Punto clave de esta nacionalidad pirenaica era Lérida. La importancia de la ciudad del Segre ha quedado suficientemente demostrada y no es necesario volver sobre ello. La conquista de esta ciudad tuvo una inmensa resonancia. Concretándonos solamente a la región aragonesa, numerosos documentos pormenorizan los sucesos de aquella campaña con seca pero expresiva mención complementaria de la data. Como comprobación, citaremos algunos.

En primer lugar, mencionaremos un grupo de documentos extendidos en tierras zaragozanas, el antiguo *regnum cesaraugustanum*:

Año 1148.—Documento fechado en *era MCLXXXVI in adventu Domini, dominico ante nativitas Domini nostri Ihesu Christi, in civitate Zaragoza comes B. princeps regni Aragonensis et erat in assitio Tortosa et habebat inde preso Araenes*⁵.

Año 1149.—Venta de un campo en el arrabal, *sub era M.^a C.^a LXXX.^a VII., in mense agosto, in anno quando Dertosa fuit capta, feria II.^a Donación de Albalate al obispo de Zaragoza, era M. C. LXXX. VII., in mense septembre, in obsidione Ilerde. Venta en Cogullada el 31 de octubre, in mense octobris in postrema dominica, in era M.^a C.^a LXXX.^a VII.^a, in anno quando Ilerda et Fraga prese fuerunt. Documento datado en jovis de medio novembris era M. C. LXXX. VII., comes Barchinone princeps regni Aragonensis et ipsa hora abebat presa Lerita et Fraga*⁶.

Año 1150.—Documento con fecha correspondiente a la *era M. C. LXXXVIII., in illo anno quando fuit capta Lerita. Venta de unas casas en Zaragoza, VI nonas Marcii. Era M.^a C.^a LXXX.^a VIII.^a..., in ipso anno fuerunt captas Lerida et Fraga in uno die. Otra venta de casas en Zaragoza, con fecha 20 de agosto de 1150, ipso anno antes abebat presa Lerita et Fraga et Michinença*⁷.

5. ANDRÉS GIMÉNEZ SOLER, *La frontera catalano-aragonesa*, en «Actas del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón», p. 488.

6. JOSÉ M. LACARRA, *Documentos del valle del Ebro*, en «Estudios de Edad Media de Aragón», t. III, p. 626; *Codoín*, t. IV, p. 142; LACARRA, *Documentos*, en EEMA, t. V, p. 558.

7. GIMÉNEZ SOLER, op. cit., p. 488; LACARRA, *Documentos*, en EEMA, t. III, págs. 628-29.



El palacio de los obispos de Roda, según un dibujo del Aragón Histórico.

Cortesía de D. Santiago Broto.

No menos numerosos son los documentos oscenses que mencionan las conquistas de Tortosa y Lérida; de ellos damos, a continuación, unos ejemplos:

Año 1148.—Empeño de heredades en Huesca, *in era M.^a C.^a LXXX.^a VI., quando lo comte de Barzalona et princeps Aragon mena sus ostes super Tortosa*. Donación del prior de San Pedro el Viejo, *era M. C. LXXX. VI., in mense augusto, in illo anno quando Tortossa fuit assitiata* ⁸.

Año 1149.—Venta de una viña en Huesca, *era millesima C.^a LXXX.^a VII.^a mense madii, anno quando fuit captam civitatem quem vocatur Tortosam*. Donación de Ramiro II el Monje, *in anno quando fuit capta Lerita et Fraga, era M.^a C.^a LXXX.^a VII.^a 9*.

Año 1150.—Venta de una tierra en Padulelia, *cbomes Barbinonensis regnante in Oscha et in Jacba, in Lerita et in Fraga, era M.^a C.^a LXXX.^a VIII.^a et fuit ista karta facta in anno quando Tortoxa fuit capta* ¹⁰.

Raro es el fondo documental aragonés en el que no figura algún documento con menciones de las conquistas de Tortosa y Lérida. El acontecimiento tuvo resonancia hasta en la extrema zona occidental aragonesa e incluso en comarcas sometidas por el monarca navarro, a consecuencia de la guerra con el conde. Así, en una donación de Petro Xemenonis de Barat, *era M.^a C.^a LXXX.^a VII.^a, regnante domno rege Garsia... ipso anno fuit capta Tortosia*. Otra donación al Temple, en Raçaçol, está fechada *in illo anno quando comes dimisit Lerida, in era M.^a C.^a LXXX.^a VIII.^a 11*.

La popularidad alcanzada por las raudas conquistas del conde se debió a la importancia militar de Lérida y Tortosa. El condado barcelonés se sintió seguro y las tierras altoaragonesas y zaragozanas quedaron libres de las incursiones musulmanas. No escapó a los contemporáneos la trascendencia de aquellas horas, en que el éxito culminaba una larga serie de esfuerzos.

8. R. DEL ARCO, *Referencias en las datas de documentos aragoneses*, en EEMA, t. III, p. 54; FEDERICO BALAGUER, *Colección diplomática de Ramiro II* (inédita).

9. R. DEL ARCO, op. cit., p. 56; F. BALAGUER, op. cit.

10. R. DEL ARCO, op. cit., p. 56.

11. AHN, cód. 595 B, fol. 161 v.; ANTONIO UBIETO, *Documentos*, en «Cesaraugusta», t. I, p. 123.

LUGAR DE COMPOSICIÓN

Como hemos dicho, el poema nos ha sido transmitido por un códice procedente de Roda. Ahora bien, sabiendo que la sede rotense fue un centro de producción historiográfica y literaria, pero, sobre todo, un centro reproductor de manuscritos ¹², se plantea el siguiente problema: ¿El poema que estudiamos, fue escrito en Roda? Con los escasos datos con que contamos es difícil dar una solución adecuada. Coll y Alentorn cree que, efectivamente, se escribió en Roda ¹³. Indudablemente, al menos, hoy por hoy, es necesario admitir la posibilidad de su origen rotense. Ramón Berenguer IV fue devoto de esa sede; confirmó las numerosas donaciones otorgadas por Ramiro II ¹⁴ y, sobre todo, engrandeció la diócesis mediante la incorporación de las tierras leridanas reconquistadas por él; bajo su gobierno, la vieja aspiración de los obispos rotenses de trasladar la sede a Lérida tuvo plena efectividad. ¿Quién mejor que un eclesiástico de Roda para cantar las hazañas del héroe que había casi duplicado la extensión de la diócesis y le había dado una nueva sede, pletórica de riqueza?

FECHA

La simple lectura del poema de la impresión de que ha sido escrito por un contemporáneo y un rápido análisis lo confirma. Coll y Alentorn cree, acertadamente, que el poema se compondría entre 1148 y 1162 ¹⁵. Efectivamente, la mención de Ramón Berenguer como *rex Ilerdensun* y *dux Tortosae* nos indica que no puede ser anterior a 1149, fecha de la toma de Lérida; por otra parte, el autor habla del conde como todavía viviente, luego tiene que ser anterior a 1162, año de la muerte de Ramón Berenguer. A nuestro juicio, el poema debió de ser escrito poco después de la conquista de Lérida, pues la gozosa alegría por las victorias del conde parece indicar que sus triunfos eran muy recientes. El hecho de

12. RAMÓN D'ABADAL, *Els comtats de Pallars y Ribagorça*, Barcelona, 1955, págs. 13 y ss.

13. M. COLL I ALENTORN, *La bistoriografia de Catalunya*, en «Estudis Romanics», III, 29.

14. Cfr. FEDERICO BALAGUER, *Ramiro II y la diócesis de Roda*, en EEMA, t. VI.

15. M. COLL I ALENTORN, op. cit.

que en el poema no se haga ninguna alusión al matrimonio de Ramón Berenguer con doña Petronila nos hace pensar en una fecha anterior a septiembre de 1150. Claro está que la no mención de este matrimonio puede obedecer a otras causas; pero, además, la extraña *intitulatio* de Ramón Berenguer como *rex Illerdensium* confirma, a nuestro juicio, la temprana composición del himno; este título es explicable en el momento subsiguiente a la conquista de Lérida, pero sería inexplicable cuando el conde llevaba ya varios años titulándose en los diplomas duque y marqués de Tortosa y Lérida.

Dada la importancia que para fechar el poema tiene esta extraña *intitulatio*, vamos a hacer algunas consideraciones en torno a ella.

INTITULATIO DE RAMÓN BERENGUER

Gracias a la abundancia de los documentos de Ramón Berenguer IV, su *intitulatio* oficial es perfectamente conocida y no vamos a insistir en ello. Refiriéndonos sólo a sus estados cispirenaicos, Ramón Berenguer era, por herencia, *comes Barcinonensium* y *marchio*¹⁶. Desde su pacto con Ramiro II, era *princeps Aragonensium* y *dominator*, y a partir de la conquista de Tortosa y Lérida, añade los títulos de *marchio* y *dux* de ambas ciudades, sobre todo, el primero.

La cancillería del conde no menciona nunca el título de *rex*. En el sello de cera que se conserva de Ramón Berenguer IV, se lee en el anverso: *Raimundus Berengarii comes Barchinonensis*; y en el reverso: *et princeps regni Aragonensis*, y con estos títulos gobernó sus estados desde el año 1137, en que contrajo esponsales con doña Petronila, hija única y heredera del rey de Aragón Ramiro II y, por la abdicación del rey Monje, hecha en Zaragoza, a 13 de noviembre del citado año, Ramón Berenguer tomo el título de príncipe de los aragoneses y no de rey y fue acatado universalmente por todos los aragoneses con la obligación de que respetase los fueros de los barones e infanzones de Aragón. De este título hizo uso Ramón Berenguer, conservando el de conde de Barcelona y reservándose Ramiro II hasta su muerte en 1157 el título nominal de rey. Es curiosa la legalidad con que se procede en las titulaciones de todos los documentos reflejo de la legalidad con que se procedió en las capi-

16. FERRAN SOLDEVILA, *Ramón Berenguer IV*, Barcelona, 1955, p. 18.

tulaciones matrimoniales y a lo largo del gobierno del príncipe consorte Ramón, quien con una exquisita prudencia no traspasa nunca los límites de su potestad. Por derecho era doña Petronila la reina, y en caso de que la reina muriese, el reino quedaría sujeto al conde, pero Ramiro II seguiría siendo, mientras viviese, rey, señor y padre no sólo en el reino de Aragón, sino en los estados y señoríos del conde de Barcelona.

De lo expuesto se deduce el interés que presenta la insólita *intitulatio* real atribuida por el poema a Ramón Berenguer. Es cierto que el elogio funebre de Ripoll le da, asimismo, el título de rey, pero se trata de un texto de fecha muy tardía; también en el epitafio de su sepulcro aparecía como rey, pero a causa de su mujer, *rex conjuge*, aparte de que la escritura de este epitafio es de los siglos xiv o xv, aunque su redacción pudiera ser anterior. Ahora bien, el autor del himno no da a Ramón Berenguer el título de *rex Illerdensium* caprichosamente; él lo cree, sin duda, enteramente justificado y la justificación hay que relacionarla, como piensa Soldevila, con el reino moro de Lérida; si este territorio era un reino musulmán, el conquistador, el que lo rige, debe llevar el título de *rex*. Por eso creemos que el poema no puede ser muy posterior a 1149, fecha de la toma de Lérida.

Gran conocedor muestra ser el poeta de los procesos históricos, pues según las razones apuntadas anteriormente, este momento de la toma de Lérida, punto clave del Principado, era el oportuno para que se proclamase rey Ramón Berenguer IV, aunque sólo fuera de Lérida. En años anteriores a la conquista de Lérida, por el año 1140, Alfonso Enríquez, hijo de Enrique de Borgoña y de Teresa, hija de Alfonso VI, ensanchaba los dominios portugueses cedidos a su padre por Alfonso VI «como tenencia y transmisible a sus herederos» y que comprendían desde el Miño hasta Santarem, corriéndose hasta el sur del Tajo. Derrotaba a los musulmanes en Ourique, dándosele a esta batalla mucha importancia, tanta que, a partir de esta época, Alfonso Enríquez, cuyo padre había sido conde de los portugueses y él mismo venía titulándose *princeps* o *infans* de los portugueses, empieza desde entonces a llamarse *rex Portugalensium*¹⁷.

Por otra parte, flotaba en el ambiente de las tierras catalanas un evidente deseo de que Ramón Berenguer tomase el título real. Refiriéndose a este himno rotense, Soldevila dice: «Tot plegat sembla descobrir un deler més o menys vague de veure al sobirà de Catalunya prendre el

17. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Historia de España*, t. I, p. 912.

titol reial»¹⁸. Un eco de este deseo lo encontramos en una curiosa noticia histórica recogida en dos cancioneros provenzales: «Lo reis d'Aragon, aquel que trobet, si ac nom Anfos e fo lo premiers reis que fo en Arragon, fils d'en Raimon Berengier, que fo coms de Barsalona, que conques lo regissme d'Arragon e l tolç a sarrazins. Et anet se coronar a Roma e quant s'en venia, el mori en Primon, a borc Sainz-Delmas»¹⁹. Claro está que Ramón Berenguer no conquistó el reino de Aragón ni fue coronado en Roma, aunque sí murió en el burgo San Dalmacio, pero la noticia prueba la existencia de una corriente de opinión favorable a la toma de la dignidad real por Ramón Berenguer.

En conclusión, el himno de Roda, además de su valor literario, tiene un indudable interés histórico, pues se trata de un documento coetáneo, exaltador de la figura de Ramón Berenguer, campeón de la lucha contra los musulmanes, caudillo digno de los atributos de la realeza.

18. F. SOLDEVILA, *Ramón Berenguer IV*, p. 20.

19. MARTÍN DE RIQUER, *La littérature provençale*, en «Cahiers de Civilisation Médiéval», t. II, p. 182.

COMENTARIOS

SAN MARTÍN EN LA TOPONIMIA NAVARRO - ARAGONESA

SAN Martín gozó de gran popularidad en toda la península, desde la actual Cataluña hasta Galicia. Un número elevado de iglesias le fueron dedicadas; su festividad, el 11 de noviembre, fue fecha de referencia en la que se apoyaba el pueblo para realizar sus trabajos agrícolas, como la siembra y la recolección de aceituna. Patrono de molineros y abogado de las caballerías, san Martín constantemente aparece en el refranero popular. Los caballeros catalanes se acogieron a su patrocinio, antes de que fuera sustituido por el culto a san Jorge.

Esta figura, a la que se tributó un culto tan sincero y estuvo tan presente en la vida de la Edad Media, nos ha parecido muy interesante estudiarla en cuanto a la influencia que pudo tener en la toponimia navarro-aragonesa pirenaica ¹.

Para realizarlo, hemos recogido cuantas menciones encontramos de San Martín como topónimo, en el que se nota la fuerza conservadora de la dedicación parroquial, de la que el hagiónimo es un reflejo, ya que la parroquia o la iglesia lo conserva con mayor fidelidad, pues el topónimo se pierde con el tiempo, debido a la ley del mínimo esfuerzo, que tiende a simplificar los nombres de lugar compuestos, anulando uno de sus componentes.

A tal fin, hemos empezado a fichar este topónimo y hemos reunido los siguientes nombres de lugar:

1. SAN MARTÍN.—Caserío del ayuntamiento de Sieste, partido judicial de Boltaña, provincia de Huesca.
2. SAN MARTÍN.—Castro del p. j. de Boltaña, hoy Los Molinos, provincia de Huesca.
3. SAN MARTÍN.—Castro del lugar de Pacho, p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
4. SAN MARTÍN.—Castillo del p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.

5. SAN MARTÍN.—Lugar de la Fraxanosa, p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
- 6.—SAN MARTÍN.—Lugar de Stagno Nigro, p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
7. SAN MARTÍN.—Lugar de Scala de Castello, p. j. de Boltaña, provincia de Huesca.
8. SAN MARTÍN.—Iglesia de Murillo, p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
9. SAN MARTÍN.—Plano en el p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
10. SAN MARTÍN DE ARASANZ.—Ayunt. del p. j. de Boltaña, prov. Huesca.
11. SAN MARTÍN DE ASÚA.—Villa del p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
12. SAN MARTÍN DE ASANI.—P. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
13. SAN MARTÍN DE PARITES ALTAS.—P. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
14. SAN MARTÍN DE PINTORÁNS.—Caserío del p. j. de Boltaña, prov. de Huesca.
15. SAN MARTÍN.—Caserío del ayunt. de Cornudella, p. j. de Benabarre, prov. de Huesca.
16. SAN MARTÍN.—Sierra del p. j. de Benabarre, prov. de Huesca.
17. SAN MARTÍN.—Castro del lugar de Solano, anejo de Bacamorta, p. j. de Benabarre, prov. de Huesca.
18. SAN MARTÍN DE CABALLERA.—Coto del p. j. de Benabarre, prov. de Huesca.
19. SAN MARTÍN DE SAS.—Cuadra del p. j. de Benabarre.
20. SAN MARTÍN.—Pardina del p. j. de Jaca, prov. de Huesca.
21. SAN MARTÍN.—Casa de campo del municipio de Agüero, p. j. de Jaca, prov. de Huesca.
22. SAN MARTÍN DE CERCITO.—Despoblado en la Canal de Berdún, p. j. de Jaca, prov. de Huesca.
23. SAN MARTÍN DE CELLA.—P. j. de Jaca, prov. de Huesca.
24. SAN MARTÍN.—Iglesia de la Valdonsera, San Julián de Banzo, provincia de Huesca.
25. SAN MARTÍN DE BOTAIOLA.—Prov. de Huesca.
26. SAN MARTÍN.—Mina de Añorbe.
27. SAN MARTÍN.—De Sarasso.
28. SAN MARTÍN.—De Fonte Frígida.
29. SAN MARTÍN DE BIELE.—P. j. de Sos, prov. de Zaragoza.
30. SAN MARTÍN.—Ayunt. de Esteribar, p. j. de Estella, prov. de Navarra.
31. SAN MARTÍN.—Puerto del p. j. de Aoiz, prov. de Navarra.
32. SAN MARTÍN.—Ayunt. de Ituren, p. j. de Pamplona.
33. SAN MARTÍN.—Ayunt. de Amezcoa Baja, p. j. de Estella, prov. de Navarra.

34. SAN MARTÍN.—Ayunt. de Améscoa Baja, p. j. de Tudela, prov. de Navarra.
35. SAN MARTÍN DE ARRÍA.—Despoblado del p. j. de Estella, prov. de Navarra.
36. SAN MARTÍN DE UNX.—Ayunt. del p. j. de Tafalla, prov. de Navarra.
37. SAN MARTÍN.—Iglesia en Almozara (Tudela?).
38. SAN MARTÍN.—Ayunt. de Belmonte, p. j. de Calatayud, prov. de Zaragoza.
39. SAN MARTÍN.—Del ayunt. de Villareal, p. j. de Daroca, prov. de Zaragoza.
40. SAN MARTÍN DE MONCAYO.—P. j. de Tarazona, prov. de Zaragoza.
41. SAN MARTÍN DEL RÍO.—Ayunt. del p. j. de Calamocha, prov. de Teruel.
42. SAN MARTÍN DEL RÍO.—P. j. de Montalbán, prov. de Teruel.
43. SAN MARTÍN DE ALBELDA.—P. j. de Logroño (iglesia).
44. SAN MARTÍN DE GRAÑÓN.—Iglesia de Grañón, p. j. de Santo Domingo, prov. de Logroño.
45. SAN MARTÍN.—Castro del lugar de Uncinos.
46. SAN MARTÍN.—De Cañas.
47. SAN MARTÍN.—De Ena.
48. SAN MARTÍN.—De Lesa.
49. SAN MARTÍN.—De Felines.
50. SAN MARTÍN.—De Closures.

La mayor cantidad de datos nos los ha proporcionado la documentación de las tesis de licenciatura elaboradas en la cátedra de Historia Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia. Hemos recurrido a los índices toponímicos de dichas tesis y buscado su identificación en el *Diccionario Corográfico*; la mayoría están bien localizados, excepto los seis últimos topónimos de la lista arriba presentada.

ZONA DE EXTENSIÓN DEL TOPÓNIMO.—Las zonas de densidad del topónimo San Martín proporcionan unos resultados sorprendentes. La actual provincia de Huesca presenta muchos más que el resto de Zaragoza, Teruel, Navarra y Rioja.

La proporción aproximada por actuales provincias es esta:

Huesca	56 %.
Navarra	16 %.
Zaragoza	8 %.
Teruel	4 %.
Rioja	4 %.
Sin localizar	12 %.

Si nos fijamos en un mapa, veremos que el emplazamiento del topónimo San Martín preferentemente se encuentra en zona pirenaica (64 ‰), con un mínimo en el valle del Ebro (20 ‰) o en las tierras del Sur (4 ‰). Sin localizar (12 ‰).

Y dentro de la provincia de Huesca, abundan más los lugares dedicados a san Martín en la zona de Boltaña (50 ‰), Benabarre (18 ‰), Jaca (14 ‰), desconocido (18 ‰). Visto desde el campo histórico resulta que las tierras de Sobrarbe y Ribagorza presentan una mayoría abrumadora (68 ‰) sobre el viejo reino aragonés (14 ‰) o el de Pamplona (14 ‰).

La frontera meridional de las zonas compactas aragonesas coinciden con los límites del reino aragonés en los primeros años del siglo xi. Este hecho y la circunstancia de que precisamente en el norte de la provincia de Lérida presente la densidad máxima del topónimo San Martín en Cataluña, nos hace pensar que la extensión del culto a san Martín en el Pirineo esté en íntima relación con la dominación de los condes de Toulouse en Pallars y Ribagorza a partir de los primeros años del siglo ix, ya que fue en esos momentos cuando tales tierras estuvieron sujetas al mismo influjo.

Es frecuente en esta zona navarro-aragonesa, como en la estudiada por Francisco Marsá para Cataluña, que el hagiónimo vaya unido a otro elemento toponímico: el caserío de San Martín de Pintoráns en la provincia de Huesca ², pero también se da el caso de que el topónimo desaparezca en razón de la brevedad con el uso y quede solamente el hagiónimo: Martín Mirons vende a los señores de San Victorián una tierra en el pacho del castillo de San Martín ³, o bien Vital Gallons dona a San Victorián una tierra en el plano de San Martín ⁴.

VARIEDAD DE LUGARES QUE SE DENOMINAN SAN MARTÍN.—El mayor tanto por ciento de los lugares que se llaman San Martín corresponde a las villas; entre ellas y para que nos sirvan de ejemplo, vamos a enumerar unas cuantas dentro de la zona navarro-aragonesa:

San Martín de Bisauri ⁵, San Martín de Cornudella ⁶, San Martín Esteribar ⁷, San Martín Ituren ⁸, San Martín de Burgasé ⁹, San Martín de Belmonte ¹⁰, San Martín de Villareal ¹¹, San Martín de Moncayo ¹², San Martín de Sas ¹³, San Martín de Pintoráns ¹⁴, San Martín de Unx ¹⁵, San Martín de Arasanz ¹⁶, San Martín de Parites Altas ¹⁷, San Martín de Murillo de Tierrantona ¹⁸, San Martín de Cañas ¹⁹, San Martín de Ena ²⁰, San Martín de Fuentefrígida ²¹, San Martín de Paco Pardina ²², San Martín de Felines ²³, San Martín de Closures ²⁴, San Martín de Lesa ²⁵, San Martín de Benasque ²⁶, San Martín de Asúa ²⁷.

También ocurre que otras zonas de población, con vigencia actual, llevan escuetamente el hagiónimo como en el caso del lugar llamado San Martín, en el municipio de Bisauri ²⁸, o en el de San Martín del Río, de Teruel ²⁹, en cambio, otras veces el topónimo San Martín ya no se aplica a zonas pobladas actualmente, sino a despoblados como en el censo de San Martín de Arria, en la provincia de Navarra ³⁰.

En la documentación vista, se hace alusión a las tierras situadas en el castro y en el plano de San Martín, de Boltaña, y son numerosas las donaciones y ventas efectuadas sobre estas tierras: Bradila y Ergotum venden a Undisculus y su mujer Bonafilia una viña en el castro de San Martín, lugar de Stagno Nigro ³¹. Bradila y su mujer Mafara, venden a Sentero una tierra en el castro de San Martín, de Scala de Castello ³². Centullus y Uvirana venden a Undisculus y su mujer Bonafilia una tierra en el castro de San Martín, lugar de la Fraxanosa ³³.

Cuando aparecen donaciones de tierras, viñas y huertos, casi siempre van dirigidas a San Victorián y al propio San Martín: Ato Gere-mías, monje, dona a San Victorián y San Martín un campo y una viña en el castro de San Martín ³⁴.

Las casas de campo también reciben esta denominación, por ejemplo la existente en el municipio de Agüero ³⁵, o bien el caserío de San Martín de Pintoráns, en Boltaña ³⁶.

La naturaleza cuenta con este topónimo en tierras, ríos, montes, minas, etc... En Añorbe existe una mina que se llama San Martín ³⁷.

Un caso curioso es la sierra de San Esteban, del partido judicial de Benabarre, en la provincia de Huesca, que se llama así porque en la cumbre se encuentra una ermita con un retablo en el que se venera a san Martín, adonde se acude en procesión en épocas de sequía para implorar la intercesión del santo ³⁸.

En Huesca, en el partido judicial de Benabarre, existe un coto con el nombre de San Martín de la Cabellera ³⁹, y en las afueras de la ciudad existe un puente dedicado también a san Martín ⁴⁰.

Este santo ha pasado al campo de la onomástica y en los siglos xi y xii tenemos personajes documentados con este apellido: Lello de San Martín y su mujer Quintila donan a San Victorián una casa, dos tierras y una viña en Fraxanosa ⁴¹.

Las iglesias dedicadas a san Martín son numerosas. En la documentación de San Victorián tenemos varios ejemplos: Galindo Ramírez dona al monasterio de San Victorián la iglesia de San Martín de Murel, y el rey Ramiro confirma esta donación ⁴². En un documento de octubre de 1156, consta el inventario de ornamentos, joyas y libros litúrgicos pertenecientes a la iglesia de San Martín de Estopiñá.

En Biel hay una iglesia dedicada a san Martín ⁴³. En la ciudad de Huesca, de las cuatro parroquias que existen, una de ellas está dedicada a san Martín ⁴⁴.

CRONOLOGÍA DE ESTE TOPÓNIMO.—Después de haber estudiado la extensión de este hagiónimo a tantos lugares, vamos a indicar cuándo empezó a emplearse con tanta frecuencia en las diócesis navarro-aragonesas.

Del año 1001, en el mes de febrero, tenemos un documento ⁴⁵, en el que Galindo Banzones y su mujer Balliro venden a Undisculus y su mujer Kintilo una tierra en el castro de San Martín. Esta acta de venta, por razón de la fecha en que está redactada, nos hace suponer que en el siglo x ya existía una fuerte tendencia a emplear este topónimo. La documentación empieza a ser abundante desde el año 1035, fecha en que muere Sancho III el Mayor de Navarra. En un documento del año 1056, están fijados los censales en honor de san Martín: Garuso, abad de San Victorián, entrega al señor Fortunio Blasco, para que los posea durante toda su vida, unos campos de Leixellos y de Balae y el molino de Genestar con sus dependencias, a cambio de la décima de tales heredades y de la de todos los censos de honor de San Martín ⁴⁶.

Ahora bien, la mayor cantidad de documentación encontrada, corresponde a la segunda mitad del siglo xi ⁴⁷, y sobre todo al siglo xii ⁴⁸, lo que nos hace suponer, efectivamente, que el aumento del topónimo se debe sin duda a la influencia de las Cruzadas.

San Martín es un santo de Panonia, y su mayor difusión en Europa coincide efectivamente cuándo los cruzados vuelven a sus tierras. También es posible que en este momento de lucha se exalte la figura del san Martín caballero, que parte su capa con la espada en dos mitades para socorrer a Cristo, representado por el mendigo que pide limosna.

La fijación del topónimo San Martín nos permite resaltar la existencia de un núcleo abundante en la zona oriental de la provincia de Huesca, que es anterior a la época del rey Sancho el Mayor (1004-1035) y ha de ser posterior a la liberación de esas zonas por los condes de Toulouse (principios del siglo ix). Podemos suponer que estaría en relación con la presencia de estas gentes ultrapirenaicas.

Las menciones de San Martín en el valle del Ebro y tierras del Sur quizás haya que relacionarlas con la extensión del culto a san Martín después de la primera cruzada, época que coincide con la reconquista y repoblación de estas tierras navarro-aragonesas.

1. Cfr. FRANCISCO MARSÁ, *La Hagiografía en la toponimia de la Marca Hispánica*, en «VII Congreso Internacional de Lingüística Románica» (Barcelona, 1960), p. 505.
2. Cfr. MADDOZ, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*, Madrid, 1845.
3. Cfr. MARTÍN DUQUE, *Colección diplomática de San Victorián*, doc. 338.
4. *Ibidem*, doc. 286.
5. Cfr. *Nomenclátor*, 1897, y *Diccionario Corográfico*.
6. *Ibidem*.
7. *Ibidem*.
8. *Ibidem*.
9. *Ibidem*.
10. *Ibidem*.
11. *Ibidem*.
12. *Ibidem* y *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*, Madrid, 1845.
13. Cfr. MADDOZ, *op. cit.*
14. *Ibidem*.
15. Cfr. MARÍA ISABEL ESCRIBANO URDIAÍN, *Estudio sobre Sancho el Fuerte*, docs. 3, 32 33, 35, 10, 107, 105 y 113.
16. Cfr. MARTÍN DUQUE, *op. cit.*, doc. 192, y MARÍA DEL CARMEN FECED NAVARRO, *Reconstrucción del Cartulario de Roda*, docs. 99 y 100.
17. Cfr. MARÍA DEL CARMEN FECED NAVARRO, *op. cit.*, doc. 92.
18. Cfr. MARTÍN DUQUE, *op. cit.*, doc. 196, y ANTONIO DURÁN GUDIOL, *La Iglesia en Aragón durante el siglo XI*, en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», IV.
19. Cfr. MANUEL LUCAS ALVAREZ, *Libro becerro del monasterio de Valbanera*, en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», IV.
20. Cfr. A. DURÁN GUDIOL, *op. cit.*
21. Cfr. LLUCH ADELANTADO, *Documentación pinatense del siglo XII*, doc. 57.
22. *Ibidem*, doc. 13, y MAESTRO GONZÁLEZ, *Documentación real pinatense de Sancho Ramírez (1063-1094)*, docs. 51 y 65.
23. Cfr. MARÍA DEL CARMEN FECED NAVARRO, *op. cit.*, doc. 84.
24. Cfr. FERNANDA ROMELI, *El códice 839 del Archivo Histórico Nacional*, doc. 72.
25. Cfr. MARÍA ISABEL ESCRIBANO URDIAÍN, *op. cit.*, doc. 102.
26. Cfr. MARTÍN DUQUE, *op. cit.*, doc. 150. AHN, núm. 1.239 (2).
27. *Ibidem*, doc. 428.
28. Cfr. *Nomenclátor*, 1897.
29. Cfr. CODOÍN, XXXIX-312, *Canc. Varia*, 40, fols. 2-78.
30. Cfr. MADDOZ, *op. cit.*
31. Cfr. MARTÍN DUQUE, *op. cit.*, doc. 165.
32. *Ibidem*, doc. 185.
33. *Ibidem*, doc. 164.
34. *Ibidem*, doc. 177.
35. Cfr. *Diccionario Corográfico*.
36. Cfr. MADDOZ, *op. cit.*
37. *Ibidem*.
38. *Ibidem*.
39. *Ibidem*.
40. *Ibidem*.
41. Cfr. MARTÍN DUQUE, *op. cit.*, doc. 172.
42. *Ibidem*, doc. 196.

43. Cfr. LLUCH ADELANTADO, op. cit., docs. 50, 59, 64 y 65, y MAESTRO GONZÁLEZ op. cit., docs. 58 y 59.
44. Cfr. MADOZ, op. cit.
45. Cfr. MARTÍN DUQUE, op. cit., doc. 152.
46. *Ibidem*, doc. 204.
47. Cfr. MAESTRO GONZÁLEZ, op. cit., docs. 3, 28, 51 y 59.
48. Cfr. MARÍA PILAR DIE CORTÉS, *Documentos de la catedral de Calaborra (1045-1207)*, docs. 130, 45 y 90.

FRANCISCO ECHAUZ Y SU OBRA

EN 1944 me hablaron por primera vez de Francisco Echauz. Entonces era un simple alumno de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Fue un compañero suyo de promoción quien me dijo: «Echauz tiene una sólida preparación y sobresale en la Escuela. ¡Si vieras cómo dibuja!». Intenté seguir sus pasos artísticos y conforme pasaba el tiempo su firma se cotizaba más. Ahora milita en esa promoción nueva de valores que ha dado continuidad a un arte joven, ibérico, con proyección al exterior.

Conocí al pintor en Madrid. Beulas hizo de intermediario y surgió una sincera amistad. Aquel día, el primero que hablamos, me contó sus proyectos; me habló de lo que hacía. Echauz es un conversador hábil e inteligente. Más que artista, parece un «gentleman». Viste elegantemente, con pulcritud. La chalina ya no es sinónimo de pintor y, afortunadamente, desapareció aquella bohemia vacía que a nada conducía.

La obra que exhibió en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, inaugurada en Barcelona el pasado mes de junio, me causó honda impresión. Su realidad está sacada de dentro para que brote con más fuerza. Francisco Echauz es de esos hombres que precisan de la expansión creadora. Se siente enjaulado en su propio espacio espiritual.

Creo que lo que atormenta su sensibilidad de creador es el temor propio del hombre consciente que mira a su tiempo con cautela. No se precipita demasiado para no caer en snobismos pasajeros, y haciendo uso del tópico podemos señalar que su pintura es tan antigua como moderna. Para ello ha precisado de una vocación y formación rigurosa, indispensable en toda disciplina. Milagro plástico nacido también de un rigor intelectual y artístico, extraordinario.

Nace en Madrid el año 1927. En 1944 ingresa en la Escuela Central de Bellas Artes, cuyos estudios termina en 1950, año que pasa a la Escuela Nacional de Artes Gráficas. En 1951, la Escuela Superior de Bellas Artes le concede la medalla de honor y en este mismo año se le otorga el premio nacional de Pintura, concediéndole al siguiente la segunda medalla en la Exposición Nacional de BB. AA. de Madrid.

Francisco Echauz sigue concurriendo a certámenes artísticos y acaparando galardones. He aquí algunos: 1953, premio nacional de Grabado; 1954, primera medalla de la Exposición Nacional de BB. AA., celebrada en la capital de España. Este mismo año, el Círculo de Bellas Artes de Madrid lo nombra socio de honor; y profesor de Dibujo y Grabado en la Escuela Central de Bellas Artes; 1955, premio Roma (la Academia Española de Bellas Artes en Roma fue fundada en 1881 bajo los auspicios de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, y por ella han pasado los artistas de más prestigio que ha tenido España); 1956, primer premio internacional San Vito Romano; 1957, medalla de oro de la Asociación de Artistas Grabadores Españoles, participa en el grupo de artistas españoles ganadores del premio «Via Margutta», del Ayuntamiento de Roma; 1958, medalla de oro de la IX Exposición de Artes Figurativas de Avezzano. Expone en la XXVIII Bienal de Venecia. Viaja por Austria, Alemania, Suiza, Sicilia, Holanda, Bélgica y Francia. Expone en Madrid, Santander, Valencia, Barcelona, Roma, Nápoles, Viareggio y Palermo, y participa en 1959 en la exposición «Veinte años de Arte Contemporáneo Español» en Lisboa. Grecia le atrae y este mismo año se traslada a este país. En enero de 1960 gana por oposición en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid la cátedra de Dibujo del Natural correspondiente al segundo curso. Se le concede el premio «Fundación Rodríguez Acosta» por el tema «Decoración mural». En abril de 1960 exhibe pintura en la sala «Libros» de Zaragoza. Hay obra suya en numerosos países europeos y americanos. El Museo de Arte Contemporáneo de Madrid le adquiere un cuadro para su colección.

Esta ha sido, en síntesis, la vida artística de Francisco Echauz.

Dada su extraordinaria personalidad, he querido que se asomara a las páginas de ARGENSOLA. Me honro, pues, en reflejar un diálogo que sostuve con él sobre temas de arte.

Francisco Echauz prepara la obra que va a exponer próximamente en la galería «Prisma» de Madrid.

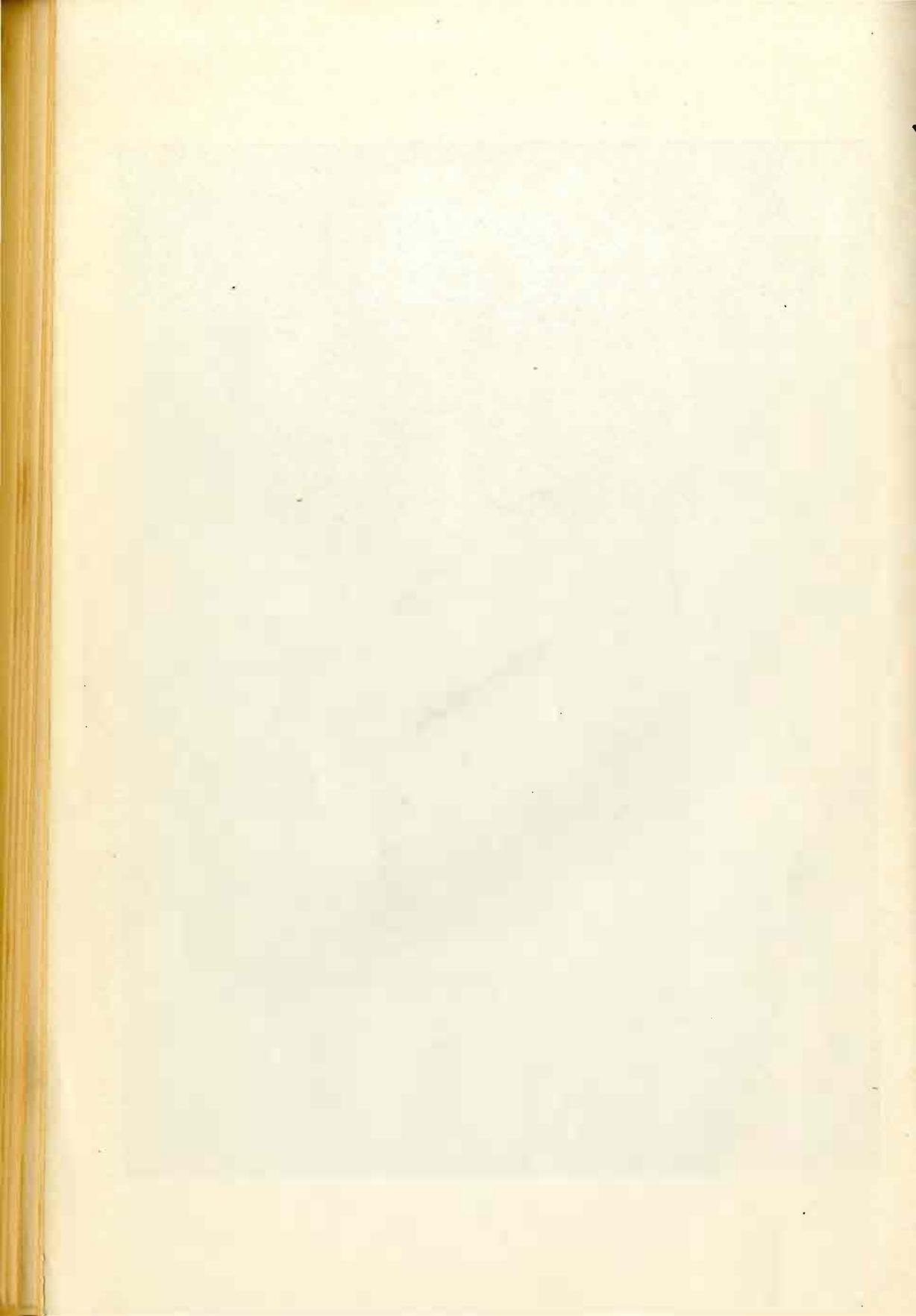
—¿Crees—le digo—en aquello de «vivir peligrosamente», que señalaba Nietzsche, para que la sensibilidad se excite y salga algo importante?

—Personalmente no considero que una vida tranquila atrofie al creador. Me parece, con todos los respetos a Nietzch, que ese concepto suyo excluiría muchos genios importantes de la historia. Puedo recordarte a Juan Sebastián Bach, a Velázquez. Ni el uno ni el otro vivieron en medio del peligro.

—Pero han existido.



«Tiovivo romano», obra de Echauz



—No niego que para algunos los contrastes e inestabilidades de la vida representan un estímulo, pero debe reconocerse que para otros, no menos grandes, ello venga a constituir un lastre. Depende mucho de las condiciones humanas de cada uno.

—Acláramelo.

—Bach, fuera de su patriarcal paz familiar no hubiera podido ser Bach, y esto me parece tan cierto como que Van Gogh no hubiera podido ser Van Gogh sin ese mundo a su alrededor que a él le pareció tan hostil y que sólo fue indiferente. El problema se aclara inmediatamente si hacemos el esfuerzo de imaginarnos, por su vida y por su obra, a estos hombres, como seres reales ante nosotros y sin la aureola de la fama y los siglos o años que nos separan de ellos.

—¿Contra qué te rebelas tú?

—En arte me rebelo contra los conceptos unilaterales. Condeno por igual al que desprecia un Pradilla que al que desprecia un Modigliani o un Picasso. Toda gran obra de arte tiene un mensaje que aquel que posea sensibilidad puede percibir, lo mismo para un Pantocrator románico que el Apoxionemos de Lisipo.

—¿Ha evolucionado el sistema pedagógico en las Escuelas de Bellas Artes? ¿Cómo orientan intelectual y artísticamente al alumno?

—Desde luego, ha evolucionado mucho. Antiguamente la enseñanza en Arte se circunscribía a aprender lo que sabía el maestro y nada más. El límite estaba en alcanzarle. De entonces a hoy la cosa ha cambiado mucho, siguiendo un proceso de evolución, como es natural.

—¿A qué atiende el maestro?

—Concretamente, al delicado problema de la personalidad. Hoy no se persigue conseguir del discípulo que llegue a hacerlo como el maestro, sino de ponerlo en condiciones de que él, a su vez, también pueda ser maestro y no secuaz. Actualmente tenemos buena conciencia de que la tarea del maestro para con el discípulo, tiene un límite. Después empieza la vida nueva de un posible artista. El lograr eliminar con los años la palabra posible, es un problema personal tan intransferible como la misma vida o la muerte.

—¿Tu visión sobre este mundo nuevo de valores plásticos?

—Creo en el arte de mi tiempo, y al pensar así, también en sus conquistas. Desde luego, el arte de hoy refleja fielmente nuestra época. Para un pintor, hoy, el problema es mucho más vasto y, por lo tanto, más difícil.

—¿No le da más emoción?

—Claro. A mi modo de ver, precisamente ese mundo nuevo de valores plásticos es el que nos da una razón y un por qué. Sin él existiría un inmenso vacío en ese campo de la sensibilidad humana,

—Dicen que la tierra determina al hombre, lo configura. A ti te han encasillado en la escuela madrileña. ¿No debe buscarse la universalidad?

—Me parece que la mejor ambición que un artista pueda tener para su arte es la de la universalidad. Especialmente en esta época en que la comunicación entre los continentes es cada vez más directa y normal. Es una exigencia, pero entiéndase que con ello no preconizo un arte repetido por todas partes con monótona uniformidad. Ello sería falso y en arte vale solamente lo auténtico. La obra de un pintor español no podrá ser nunca como la de un pintor noruego o viceversa. Las separan temperamentos distintos, climas diferentes, tierras opuestas.

—¿Por qué eres pintor?

—La razón de que sea pintor creo que debe de ser porque está muy dentro de mí. Desde muy pequeño sentí esta inclinación unida a la música. En mi primera infancia, uno de mis primeros juguetes y aficiones preferidas fueron los dos pequeños violines que tuve.

—Pero dejaron paso a la pintura.

—Sí. Acabé por unir y mezclar a mis estudios. Nadie me negó ni me discutió en casa esta inclinación, a pesar de no existir en la familia ningún antecedente. En mi caso no ha habido cambio de ruta ni otras actividades. Todos los estudios que he realizado han estado siempre relacionados con mi profesión. Un año después de fallecer mi padre, a quien daba especial satisfacción el hecho de que fuera pintor, ingresé, con diecisiete años, en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid, de la que soy, como sabes, catedrático.

—¿Has renegado de ti mismo?

—Alguna vez, debido a los sinsabores e incomprensiones que acarrea ser pintor, artista. De hecho, los peores momentos de mi vida los he debido siempre a la desproporción entre lo que quería hacer y lo que conseguía. Casi me ha quedado como un mal crónico el que cada cosa que haga sea para mí fuente de insatisfacciones y de disgustos que no siempre van compensados al final por la satisfacción de haber conseguido algo.

—¿Has considerado equivocado el camino?

—Aunque pienso que lo peor ha debido de pasar, al menos he conseguido razonarme un poco las cosas para llegar a la conclusión más resignada y menos desalentada de que seré un pintor, mejor o peor. Otra cosa mejor no hubiera podido ser. Las infelicidades que la pintura me ha proporcionado y me proporciona, las sufren por igual otros artistas. Por otra parte me doy perfecta cuenta de que siempre he referido cualquier problema de la vida de un modo instintivo a un orden estético. La inteligencia, la moral, la justicia, etc.

Esto explica su condición de pintor, sincero y consciente de una temática que halla una constante rigurosa y emotiva a la vez por su fuerte contenido humano, espiritual.

Francisco Echauz ha vivido intensamente la cultura europea. Queremos saber si ha influido en él.

—¿Qué ha sido para ti Italia, Europa concretamente?

—Espiritualmente, me ha conquistado. El hecho de que después de un desastre tan espantoso como el de la última guerra maldita, Europa haya sido capaz de recuperarse en tan pocos años con el grado de lucidez y prosperidad que hoy tiene, ha sido motivo de esperanza. El movimiento del arte contemporáneo es esencialmente europeo y hecho por artistas de las más diversas nacionalidades. Los pocos que no eran europeos pudieron cuajar y cristalizar en Europa en contacto con el pasado más sustancioso del mundo. Europa, hoy, en general, está entregada con plena conciencia al día en que vive. Al darme cuenta de todo esto no es de sorprender que te diga que ha calado hondo en mí.

—¿Existe hoy la misma unidad cultural que en los siglos XI y XII que nos legaron un románico maravilloso?

—Creo que sí. Si no es la misma hay mucha similitud. Organizaciones culturales, políticas y económicas tienden a la unión de Europa. La historia demuestra que cuando todos los aspectos materiales y funcionales de una época logran cristalizar en algo armónico y positivo, ello produce a continuación un fruto espiritual de donde se nutren los grandes apogeos de la cultura.

—El Museo Balaguer conserva un cuadrito pintado por Picasso a los catorce años. Es un estudio muy académico. ¿Cómo era tu primera obra?

—No sé cuál puedo precisar como primera obra. Ya te he dicho que empecé de niño. Recuerdo y conservo algunas de las cosas que considero balbucesos y que para mí, entonces, fueron importantes. Obras de las que hace años me avergonzaba y que hoy miro con mayor indulgencia, no porque me parezcan mejores, sino porque considero la edad que tenía y me parece, por tanto, ridículo avergonzarme de ellas.

—Háblame de esa angustia existencial que tanto preocupa a la juventud.

—He padecido esa angustia existencial, que creo haber superado, pero ten presente que yo no la asocio a un caso colectivo de nuestro tiempo. Es una experiencia de la propia existencia. Más bien la considero como el tránsito de la juventud a la madurez. Posiblemente y de una forma general, la pasamos todos los hombres. Hay quien la siente más y quien la siente menos.

—Puntualiza.

—Dependerá, probablemente, de la configuración espiritual y psicológica de cada uno. De otra parte no creo que nada de todo esto sea exclusivo de nuestro tiempo. Dejando a un lado el estado en que hace unos años se encontró la juventud europea, continuar insistiendo en ello me parece una coquetería pueril y falsa. Se puede ser muy pobre, muy incomprendido y padecer toda clase de injusticias y la mayor parte de las veces la culpa no es sólo ajena. Cuando se tiene juventud se posee algo que de por sí, es ya muy importante.

Esto es lo que me dijo Francisco Echauz, artista que está en la primera línea del arte europeo. Si pensamos en una frase de Picasso que dice: «Yo no busco, encuentro», quizá lleguemos a una conclusión que nos dará la clave que perfila debidamente la personalidad de este pintor: la obra gigante de Francisco Echauz ha sido encontrada, no buscada. De ahí su permanencia.

FÉLIX FERRER GIMENO

DOS DOCUMENTOS RAMIRENSES DEL FONDO DE SAN JUAN DE LA PEÑA

Los documentos de Ramiro II conservados en el fondo de San Juan de la Peña tienen un destacado interés paleográfico. Un grupo está formado por diplomas escritos en letra visigótica de transición, la mayoría originales o posibles originales. Otro grupo presenta ya la escritura carolina completamente desarrollada; se trata de copias auténticas o de documentos falsificados, no existiendo ningún ejemplar que pueda ser considerado como original. Ya he expuesto en otras ocasiones que el estudio de los diplomas de Ramiro II demuestra la exactitud de la afirmación de Millares Carlo al referirse a los documentos de Alfonso I y de su sucesor: «Muestran los diplomas de estos dos monarcas, sin excepción, una minúscula visigótica de formas angulosas y de transición, en la cual la letra *t* tiene siempre el tipo carolingio en nexo con *s* y *c* anteriores; el signo abreviativo de *us* es el propio de la escritura francesa (usado, a veces, con valor de simple *s*, el de *pro* es, asimismo, carolingio; usándose pródigamente las letras sobrepuestas y *s*, *f*, *r* tienen aspecto semejante al de las correspondientes francesas»¹. Efectivamente, no conozco ningún documento original de Ramiro II que no esté escrito en letra de transición durante los años de su reinado efectivo; los diplomas posteriores a 1137 forman serie aparte, pudiendo ser original alguno escrito en letra carolina.

Hoy publicamos dos documentos del fondo de San Juan de la Peña, ambos escritos en letra francesa; uno de Ramiro II, fechado en 1134; el segundo es particular, de hacia 1141, presentando en la data una interesante referencia a don Ramiro, por lo que puede ser incluido en la serie ramirense.

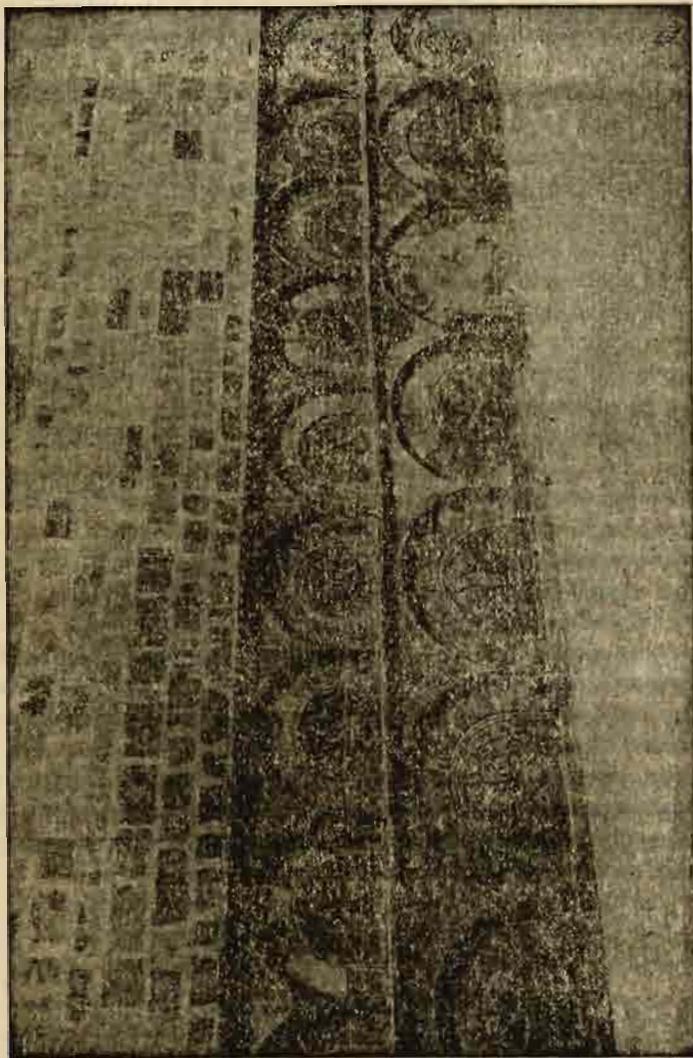
La no originalidad del primero salta a la vista y un rápido examen comprueba que ni siquiera es una copia auténtica. Está escrito en una letra carolina que puede remontarse a mediados del siglo XII, redonda, muy clara. La *a* es siempre de tipo uncial; la *s* minúscula, alta, aun en fin de palabra; la *z* de transición, más bien visigótica; no apareciendo más letra sobrepuesta que la *i*².

Las fórmulas empleadas en este documento varían bastante con respecto a las usadas por la cancillería real, como puede apreciarse en la invocación y en la intitulación. La forma en que está redactada la sanción es también desusada y no la he visto en ninguno de los documentos de Ramiro II que conozco. En cambio, la signatura real es, ciertamente, la propia del monarca y muestra analogía con las auténticas, aunque la colocación no es la corriente en los diplomas regios. Todavía son mayores las anomalías que presenta el escatocolo. La fórmula del *regnante* es impropia de los documentos ramirenses y las referencias señoriales no son sincrónicas. La mención de Fortún Galíndez como mayordomo de Ramiro II necesita demostración, pero, además, no sincroniza con otros datos.

En conclusión, el protocolo y el texto son dudosos, pudiendo ser copias defectuosas de un diploma auténtico; el escatocolo está, indudablemente falsificado.

El segundo documento es una donación de doña Toda, mujer del famoso caballero aragonés Tizón, al monasterio de San Juan de la Peña, en donde la familia había elegido sepultura³. Es interesante para el estudio del reinado de Ramiro II por su alusión a la quema del arrabal de Jaca. Lo dio a conocer, creo que por vez primera, el abad pinatense Briz Martínez, atribuyéndolo al reinado de Ramiro II: «En una donación de ciertos bienes hecha por doña Toda, muger de don Tizon, en fauor deste monasterio (en el qual se manda enterrar con su marido) se halla firmado Lop Iñiguez Iusticia, su pariente, como lo he uisto en la ligarça 14 y su priuilegio 28 deste archiuo... No tiene data, solo dize que se testifica en el año que el Rey don Ramiro, y don Garsia abrasaron los burgos de Iaca. Seria sin duda, a ocasion de las diferencias, que lleuaron estos dos Reyes, sobre el Reyno de Nauarra, como despues ueremos»⁴. Eduardo Ibarra mencionó también este documento, tomando la noticia de Briz Martínez, en su colección de documentos de Ramiro I, pero no lo publicó íntegramente, sin duda, por no haberlo podido encontrar⁵.

Se trata de un documento, partido por ABC, escrito en hermosa letra carolina, casi de tipo librario, que presenta tendencia a la angulosidad de las letras, sobre todo *e, u, o, c, q*, mostrando alguna de las características que Millares Carlo asigna a la escritura gótica anterior al siglo XIII⁶—no fusión de las letras de trazo curvo cuando se encuentran en contacto y predominio de la *d* recta—. La doble *s* aparece solamente una vez en posición final y otra en medio de palabra (*scripsit*); tras de *o*, se usa, alguna vez, la *r* redonda; la *z* presenta cierto aire visigótico, usándose moderadamente el sistema abreviativo propio de la carolina



Panteón de nobles de San Juan de la Peña, en donde se hallan las sepulturas de antiguas familias aragonesas. La donación de doña Toda, fechada en el año en que fueron incendiados los arrabales de Jaca, es una muestra de la predilección de los nobles aragoneses por el monasterio pinatense.

Cortesía de D. Virgilio Valenzuela.

y las letras sobrepuestas (*i, a*). En general, se trata del mismo tipo de letra que presenta un documento de Ramiro II, del año 1144, también del fondo pinatense ⁷, obra del escriba García, tal vez, monje del monasterio, cuya posible originalidad no puede descartarse de una manera categórica.

La donación de doña Toda que estamos comentando es auténtica y posiblemente original. La única razón que podría aducirse en contra de su originalidad es la fecha en que está escrita, quizá muy temprana para este tipo de escritura, teniendo en cuenta que el *scriptor*, *Sancius de Benassa*, es, tal vez, aragonés.

La fecha no consta, pero puede deducirse aproximadamente, pues en el escatocolo se alude a la quema del arrabal jacetano: *Et fuit facta ista carta eo anno quando Ranimirus rex et Garsias rex arserunt los burgos de Jacha*. Dámaso Sangorrín, que conoció este documento a través de una copia, pensaba que debió escribirse entre 1134 y 1137 ⁸. Ahora bien, teniendo en cuenta que se menciona a Ramón Berenguer *comes in Aragon, in Suprarb et in Ripacorza et in Barchinona*, no puede ser fechado con anterioridad al mes de agosto de 1137. Si se tratase de un documento real, la ausencia de Zaragoza entre los territorios dominados por el conde, nos llevaría a una fecha anterior a la devolución del *regnum cesaraugustanum* a Ramón Berenguer, acontecimiento que debió de ocurrir en el mes de diciembre de 1137 o en los dos siguientes, pero, tratándose de un documento particular, no cabe pedir al escriba pinatense la misma precisión que a un *scriptor* de la cancillería real. Contamos, pues, con un *terminus ante quem*: el mes de agosto de 1137. Por otra parte, no puede ser posterior a 1141, fecha de los documentos que aluden a la quema del Burnao jacetano ⁹.

En conclusión, si el documento es original, tendríamos una prueba más de la temprana aparición de las tendencias de la escritura gótica en el Altoaragón y contaríamos con una base para juzgar de la originalidad del diploma de Ramiro II de 1144.

FEDERICO BALAGUER

1. A MILLARES CARLO, *Paleografía española*, Madrid, 1932, p. 320.
2. Cfr. doc. I.
3. Cfr. doc. II.
4. BRIZ MARTÍNEZ, *Historia de la fundación... de San Juan de la Peña*, p. 173 y 833.
5. EDUARDO IBARRA, *Documentos... de Ramiro I*, p. 218.
6. A. MILLARES, op. cit.
7. F. BALAGUER, *La vizcondesa del Bearne doña Talea*, en «Estudios de Edad Media de Aragón», t. V, p. 111.
8. DÁMASO SANGORRÍN, *El Libro de la Cadena del concejo de Jaca*, p. 143.

9. Sobre la quema de los arrabales de Jaca, cfr. P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro histórico de las iglesias de Aragón*, t. VIII, p. 73, que da el año 1141, basándose en un documento del fondo de San Pedro el Viejo, publicado luego por R. DEL ARCO, *Archivos históricos*, en «Universidad» (1930), doc. XXXVI. El último estudio sobre estos incendios y sus repercusiones es debido a J. M. LACARRA, *Desarrollo urbano de Jaca*, en «Estudios de Edad Media de Aragón», t. IV, p. 152, que añade nuevos testimonios.

DOCUMENTOS

I

¿Falso?

1134 (?), San Juan de la Peña

Ramiro II concede al monasterio de San Juan de la Peña lo que tenía en Guasillo para servicio de la candela del altar de San Juan.

AHN, fondo de San Juan, doc. 248, letra carolina, con reminiscencias visigóticas. Sobre la probable falsedad de este documento, véase el texto.

(*Christus*). In Dei nomine et eius gratia. Hec est carta quam facio ego Ranimirus, gratia Dei Aragonensium rex, Deo et altario {sancti} sancti Iohannis Babtiste qui dicitur de Pinna, pro remedio anime mee et pro statu et incolumitate atque tranquillitate regni mei et filiorum meorum et pro requie animarum patris mei et matris mee et fratrum meorum, dono et offero deuotissime omnipotenti Deo et predicto altario Dei et beati Iohannis Babtiste illam meam partem quam habeo in Guassil ut seruiat ibi in perpetuum, scilicet, ut sit candela illius altaris per cuncta secula cum omnibus, uidelicet, redditibus et fueris suis qui michi pertinere uidebantur. Siquis autem filiorum meorum uel successorum meorum hanc mee donationis et oblationis cartam irrumpere temptauerit omnipotentis Dei iudicio condempnetur et omnium sanctorum eius iram incurrat et dissipet eum Deus in presenti uita et dispereat de terra uiuentium. Amen, amen, amen. Si- (*signo*) gnum Ranimiri regis.

Facta carta in era M.^a C.^a LXX.^a II.^a, \ in sancto Iohanne /. Regnante rege Ranimiro in Aragona et in Suprarbi et in Ripacurza. Fortungalinz maiordomno. Petro Thalesa in Borga. Frondin in Sos. Episcopus Dodo in Osca. Abbas Eximinius in Sancto Iohanne. Abbas Garsias in Legere. Gomez in Arrosta.

II

Septiembre 1137-1141 [San Juan de la Peña?]

Doña Toda, mujer de don Tizón, ofrece su cuerpo a San Juan de la Peña y servicio de pan, vino y carne sobre su heredad de Angüe, mientras viviese ella o su hija Toda, pasando la heredad a ser propiedad de San Juan después de muertas ambas.

AHN, fondo de San Juan de la Peña, carp. 714, n. 10. Documento partido por ABC, letra carolina. Posible original.

(Christus-alfa y omega). In Dei nomine et eius gratia. Hec est carta quam facio ego domna Tota, mulier de don Tizon / Deo et sancto Iohanni de Pinna. In primis offero animam meam et corpus meum Deo et sancto Iohanni / et postea illa mea hereditate de Angue pro remedio anime mee et de senior / meo don Tizon uel parentum meorum et propter metum gehenne. In tali modo et in tali mensura / ut ego teneam quamdiu uixero et faciam uno quoque anno seruitium senioribus / sancti Iohannis de pane et uino et carne. Et post meos dies si uixerit domna Tota filia mea / teneat eam et sic faciat quomodo michi uidet facere. Post mortem uero illius senio- / res sancti Iohannis accipiant supradictam hereditatem iuri perpetuo retinendam. Et ubicumque / potuerint inuenire aliquid de meo in Angue, totum accipiant. Et sunt uidentes et / audientes de isto annalio (?) senior Lopennecones iusticia, meo cognato, et senior Iohan Garcez / de Bailo, meo parente, et domnus Arpa de Aschar. Domnus Garsias de Ouelba prepositus monasterii. / Domnus Iohannes abbas in sancto Iohanne et domnus Blascho de Puio prior claustro et senior domnus Sancius sacrista / et alii multi monachi. Siquis uoluerit disrumpere istum meum donatium uel istam meam / suprascriptionem, filius uel filia, nepos uel nepta, seu aliquis ex progenies mea cum Datan et Abiron / et cum Iuda traditore habeat portionem in inferno inferiori per secula cuncta, amen.

Et fuit facta ista carta, eo anno quando Ranimirus rex et Garsias rex arserunt / los burgos de Iacha. Raimundus Belengarius comes in Aragon et in Suprarb et in Ripacorza et / in Barchinona. Episcopus Dodo in Iacha et in Oscha. Don Gomiz senior in Arrosta et in Boleia et in Aierbe. / Ferriz in Oscha. Signum (*signo*) domni Iohanni abbatis.

Sancius de Benassa scripsit.

A C T I T U D E S

P O E M A S

Por MARIA PILAR CAVERO

Paseo por un pinar

¿Qué cantáis bellos pinos?
¿Qué misteriosa música
musitan vuestras hojas?
El aire os acaricia
cual si fuerais sus hijos.
Tras un silencio súbito,
ráfagas de sonido
invaden vuestras copas.
El sol rompe en sus rayos
vuestras gráciles ramas,
dibujando en el suelo
huidizas imágenes.
El gris-marrón del tronco
entona con el verde.
Vuestras raíces,
bincadas en la tierra,
buscan ávidas
el agua en sus entrañas.
Y cual mullida alfombra
que tapizara el suelo,
las hojas que murieron
van haciéndose fósiles.

Soledad

Voy buscando rincones de luz,
senderos ocultos que nadie penetre.
Aroma embriagante.
Hechizo de sol.
Soledad tranquila que nadie perturbe.
Quiero captar música
de flores, de sol...
Necesito oír el cantar del viento,
la voz de las plantas,
las piedras del campo.
Fijar mi atención
en la hoja que cae,
la tierra que cruje
o la flor que ríe.
Y sigo mi marcha
buscando, buscando
el rincón oculto que nadie penetre.

Campo de noche

Campo desnudo y desierto,
extenso girón de sombras
manchado de noche blanca
y preñado de sonidos.
Campo de negros y grises
de superficies quebradas
y parcelas invisibles.
Mira un poco hacia lo alto,
escucha a la luna grande.
¿No ves que te está llamando?

Nocturno

*Maravilloso cielo,
negro, profundo, inmenso,
sumergida en tu noche
me gustaría estar.
Y tocar una estrella,
aquella más lejana
que juguetea nerviosa
con su cambiante luz.
Tú tapizas el mundo
y eres meta en mis sueños.
Tu camino está abierto
para todo el que vuela.
Maravilloso cielo,
siempre que pienso en ti
el ácido de mi alma
se disipa cual bruma.
Quiero volar muy alta,
olvidarme del mundo
y correr de aquí allá
siempre en tu inmensidad.
Una escala ligera
he tendido hacia ti
y por ella, dichosa,
muy pronto ascenderé.*

Dios

Pienso en Ti
y no puedo escribirlo.
¿Dónde estás?
Te presiento,
te noto en todas partes
pero no sé qué eres.
Eres omnipotencia,
eternidad, amor...
Te siento dentro y fuera,
en mi alma y en el mundo.
¿Acaso un soplo suave?
¿O viento buracanado?
Eres justicia, rayo,
pero ante todo amor.



INFORMACION CULTURAL

Apertura de curso y lección inaugural de don Samuel Bagué.

El día 5 de octubre se celebró, con toda solemnidad, la apertura del curso académico 1960-61. El acto tuvo lugar en el aula magna del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» de Huesca, con asistencia de las autoridades provinciales y locales.

Después de la misa del Espíritu Santo, oficiada por el profesor del Centro, muy ilustre señor don Ramón Abizanda, dio comienzo la sesión académica con la lectura de la *Memoria* del curso anterior por don Mariano Alegre Auseré, secretario del Instituto. A continuación, don Samuel Bagué Montañés, catedrático de Lengua y Literaturas latinas, pronunció la lección inaugural que versó sobre el tema *Séneca, escritor del siglo xx*. El docto disertante presentó al filósofo cordobés como escritor de ayer y de hoy, representante de un ciclo cultural, todavía inconcluso. Analizó los problemas actuales, el existencialismo y la lucha entre Oriente y Occidente, problemas que agitan a la humanidad desde la época de Séneca. El europeo de hoy se siente amenazado y la incertidumbre individual se va convirtiendo en angustia colectiva, situación semejante a la de Séneca, al ver multiplicada su propia angustia en los millones de desterrados como él, dentro del Imperio. Séneca les enseña una patética lección, la de que todos somos desterrados. Esta lección no la supo comprender Nerón y el filósofo, al verse desasistido, quedó solo en medio de un mundo de maldad. Quiso entonces explicar lo que es la providencia, remontándose hasta el conocimiento de Dios. Buscó también la tranquilidad de su alma en sí mismo; no conmovióse, aunque la tiranía nos ataque, aunque fallen los hombres, aunque falten las riquezas, aunque llegue la muerte. Nuestra vida es sólo tiempo, tiempo entre dos muertes. Es el mismo grito existencialista de nuestros días. El orador se refirió después a la filosofía de Gabriel Marcel y terminó afirmando que sólo el amor puede construir la unidad salvadora del hombre.

Cerró el acto el director del Instituto, don Ramón Martín Blesa, quien pronunció breves palabras, declarando abierto el curso 1960-61.—B.

*Exposiciones de pintura de Manuel
Martín Guerrero y Leoncio Mairal.*

Durante este trimestre se han celebrado dos exposiciones de pintura en los salones de la Caja de Ahorros, patrocinadas por el Instituto de Estudios Oscenses. Manuel Martín Guerrero y Leoncio Mairal han presentado su última producción artística.

Al hablar ahora de Martín Guerrero recuerdo lo que dijo Camilo José Cela a un pintor: «Cuando la vocación y la aptitud coinciden, cuando la adivinación se hermana con la sabiduría, cuando el pulso del alma late al unísono del pulso de la sangre, el artista nace. Pero lo difícil no es venir al mundo—o al arte—, sino permanecer. Cuando el trance creador se mantiene, día tras día, enhiesto como la virtud; cuando los chorros del corazón se vuelcan, irremisiblemente, sobre la materia, que—cotidiano milagro—se vivifica; cuando el vegetal—o sonámbulo—existir del artista llega a fundirse con la obra surgida, quizás, mágicamente, de sus manos, el artista queda ya para siempre y aun a su pesar».

El magisterio de Cela, no sólo llega a la novela. El pintor, un positivo valor norteamericano, agradecerá, sin duda, estas palabras. Cela dijo más, pero esto atañe a John Ulbricht, el artista en cuestión.

Si desnudamos la pintura que exhibe Manuel Martín Guerrero, ¿qué esconde su ropaje? Esto nos ha hecho meditar. Toda ella es como un esqueleto óseo, paisajístico, engarzado por un hálito místico, de geólogo soñador. Sintetiza en extremo. Usa distinta técnica según concepto y tema. Diluye o empasta el color. No es nunca igual y, sin embargo, hay algo que identifica al autor de las obras.

Explosivo o sosegado en los tonos, se mueve febril, inquieto. Jamás está conforme con lo que hace. Insatisfacción que le lleva a nuevas experiencias. Hoy, no podemos diferenciar, jerárquicamente, obras, porque responden a una unidad valorativa. El valle, las planicies o las cumbres—tema esencial de la pintura expuesta—, poseen el arranque creador de una retina sensible y emotiva.

No es precisa la pintura aformal, para que sea abstracta. Martín Guerrero pasa de lo figurativo a lo abstracto. Ejemplo: cuadro núm. 20; título, «Dunas».

—El abstracto debe de venir solo; no hay que buscarlo—dijo el artista.

Y, verdaderamente, no lo busca. Ha salido porque sí. Necesidad de momento psicológico. Nada más. La diversidad de estilos que vemos, se ocultan, precisamente, en todo un complejo proceso psicológico, de momento intuitivo, anímico.

«Azorín» confiesa, sin rubor, que muchas veces se levanta a escribir a las cuatro de la madrugada. Dalí declara que más de una idea le golpea en la cabeza para que despierte... Algunos de los cuadros de Martín Guerrero han nacido así. Precisaban de ese momento para nacer.

Esto es todo.

Leoncio Mairal no pretende singularizarse con una pintura anárquica de color y forma que apunte deseos de sobresalir. Continúa, pacientemente, su trayectoria realista, impregnada, eso sí, de un contenido estético estimable que debemos consignar.

Del conjunto que exhibe, sobresalen los lienzos titulados «Somon-tano» y «Barranco». Aquí, Mairal, sigue la huella de Beulas. Nuestro ilustre pintor ha dejado ya escuela. Pero no es sólo Mairal quien imita a Beulas, sino infinidad de pintores extranjeros de válía.

Mairal tiene dos cuadros más que nos gustan: «Flores» e «Invernal». Las «Flores»—tela muy decorativa—están pintados con nervio y buena técnica, y entran de lleno en la línea impresionista. En «Invernal» el artista plasma poéticamente las orillas del Isuela. Visión pictórica un tanto barroca.

Esta exposición supone un gran esfuerzo para Leoncio Mairal. Es prisionero del tiempo y de su inquietud formativa. En esta lucha abnegada que sostiene consigo mismo, vemos su mejor cualidad, herencia de un arte consciente.—*Félix Ferrer Gimeno.*

Una película de Carlos Saura Atarés en el festival de Londres.

La película «Los golfos», dirigida por Carlos Saura Atarés, y «El cochecito», de Ferrari, han sido la muestra que ha enviado España al festival cinematográfico de Londres. Es la primera vez que concurre España a este importante certamen. El hecho de que una de las dos películas presentadas sea de Carlos Saura, supone un merecido triunfo para nuestro joven director oscense.

Los corresponsales en Londres han hablado estos días de «Los golfos», elogiando la película y a su autor, señalando que el más joven director de cine español ha impuesto su fuerte personalidad en este festival, quizás el más importante. Aún recordamos su documental sobre

Cuenca, que mereció el premio del festival de cine de San Sebastián. «Los golfos» fue exhibida anteriormente, con el mismo éxito, en el festival de Cannes.

Damos la información con sumo agrado y le felicitamos sinceramente.—*F. Ferrer.*

La pensión «Juan March», de pintura, a José Beulas.

Una pensión «Juan March», de pintura, dotada con cincuenta mil pesetas, acaba de ser otorgada a José Beulas. Esta importante distinción se concede anualmente a todas aquellas personalidades españolas que sobresalen por su gran labor en bien de la nación. José Beulas ha sido una vez más recompensado.

La obra pictórica de Beulas se halla diseminada por casi todo el mundo. Está en posesión de otros importantes premios, como el internacional «Alla Riva», «Roma», segunda medalla nacional, etc. Asimismo, el Gobierno español le concedió la cruz de caballero de Isabel la Católica. Nuestra más sincera enhorabuena por esta distinción que le ha hecho la Fundación «Juan March».—*F. F. G.*

Antonio Saura Atarés, premio «Gugenhin» de pintura, otorgado en Nueva York.

Antonio Saura Atarés, oscense de nacimiento, acaba de obtener un señalado triunfo en Nueva York al otorgarle el famoso Museo de Arte Norteamericano «Gugenhin» el premio (sección española) que lleva su nombre. Con este motivo ha sido seleccionado ya para concurrir al «Gugenhin» internacional. Dada la importancia y repercusión del mismo en el mundo de las artes, este galardón viene a confirmar una vez más la valía de Antonio Saura, artista excepcional y cuya pintura informalista es muy conocida y cotizada en el extranjero. A la vez que recogemos la noticia, le felicitamos entrañablemente.—*F. Ferrer.*

Ha muerto don Raimundo Lalaguna.

Una nueva noticia luctuosa recogemos hoy en estas páginas de ARGENSOLA: la prematura muerte de don José María Raimundo Lalaguna y Rayón, jefe del archivo municipal de Huesca. De familia netamente

oscense, estudió en el Instituto de nuestra ciudad y siguió los cursos universitarios de Letras en Zaragoza y Madrid. Fue, durante varios años, profesor del Instituto oscense, en donde explicó varias disciplinas, sobre todo, Geografía e Historia. Los alumnos que cursamos esta disciplina bajo su dirección, recordaremos siempre su vocación pedagógica, su interés docente, puesto de manifiesto en la organización del Seminario de Geografía, en donde nos adiestrábamos en el levantamiento de planos y en el estudio de las comarcas naturales. Más tarde, obtuvo la plaza de archivero del Ayuntamiento de Melilla, cesando en su labor docente. Poco después, el concejo oscense reorganizó el archivo, vacante desde la renuncia de don Ricardo del Arco, creando además una auxiliaría adscrita a él, ocupando, por concurso de méritos, la plaza de archivero don Raimundo Lalaguna. Su actuación durante el asedio de la ciudad impidió la desaparición de importantes fondos documentales, algunos de ellos de tanto interés como el de San Pedro el Viejo, que indudablemente hubieran sufrido considerables mermas, al quedar abandonada durante algunos años la Casa de la ciudad, víctima de continuados bombardeos.

Consagrado enteramente a la labor de catalogación del archivo, los investigadores encontraron siempre en Raimundo Lalaguna un eficaz colaborador que facilitó considerablemente sus tareas. Durante algún tiempo, fue delegado de Prensa y, aunque ejerció también otros cargos, procuró eludir siempre los numerosos nombramientos que se le ofrecieron, concentrando todos sus esfuerzos en la organización del archivo municipal, tarea en la que le ha sorprendido la muerte.

Al asociarnos al dolor de sus familiares, que lloran su desaparición, pedimos a Dios por este estudioso de nuestra historia, enamorado de su ciudad, por este caballero intachable, acogedor y bondadoso, que fue don Raimundo Lalaguna Rayón.—*Federico Balaguer.*

VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón.

Decidida la celebración del VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, ha parecido oportuno fijar los comienzos del otoño del año 1962 como fecha de su reunión. Se ha decidido también confiar a Cataluña la tarea organizadora de esta séptima asamblea, considerando, luego, que era la ciudad de Barcelona la que mejores condiciones reunía para albergar como sede principal esta manifestación cultural.

En 1962 se cumplen dos conmemoraciones centenarias estrechamente vinculadas al acontecer histórico que forma el objeto de estudio

propio de estos congresos: el cuarto centenario de la primera edición de los *Anales* de Zurita y el octavo de la accesión al trono de Alfonso el Casto.

Por ello se ha considerado que este VII Congreso había de constituir un homenaje a la memoria de tan altas figuras históricas y que el tema del Congreso venía impuesto por la vida y obra de las mismas, con la adecuada aclaración de que el estudio de la obra de Zurita debería comprender cualesquiera de los temas contenidos en sus *Anales*. Pero como esto nos llevaría a enfocar un período excesivamente amplio, que comprendería de los siglos VIII al XVI, y como algunos de los reinados de este período ya han sido tratados en los últimos congresos, se ha creído oportuno en este aspecto la exclusión de los siglos XV y XVI, mientras, por otra parte, parece conveniente tomar por punto de partida la unión de Aragón y Cataluña. El tema del Congreso, por tanto, quedaría circunscrito en esta forma: *Jerónimo Zurita y su obra. La Corona de Aragón bajo los reyes de la casa de Barcelona*. Oportunamente se darán a conocer las diferentes ponencias que habrán de proporcionar orientación y estructura al conjunto de los temas o comunicaciones a presentar por los señores congresistas.

Las consultas a que hubiera lugar podrán dirigirse ya desde ahora a la Secretaría del VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (calle Obispo Cassador, núm. 3), o en el Archivo de la Corona de Aragón (calle Condes de Barcelona, núm. 2), Barcelona - 2.—F. B.

BIBLIOGRAFIA

AZCÁRATE, PABLO DE: *Wellington y España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1960. 278 págs.

Para nosotros, la presente biografía de Arturo Wellington, luego lord y duque de Wellington, título con el que penetra en la historia general, puede representar, ante todo, una contribución valiosa y de primera mano al conocimiento del desacreditado siglo XIX, «cada día más claro e importante». No quiere decirse con ello que Pablo de Azcárate no haya conseguido trazar de modo magistral y preciso la semblanza humana e histórica del vencedor de los Arapiles, así como afrontar un estudio profundo de sus asiduos contactos con España. Pero, gracias a su corte científico y documental, Pablo de Azcárate ha logrado que, más allá del perfil vivo y mítico de Wellington, aparezca con sus verdaderos colores el período que, desde 1808 a 1813, transcurre en la península el general en jefe del ejército inglés y generalísimo de los ejércitos españoles: un período lleno de nombres de talla, de acontecimientos extraordinarios, de grandeza y limitaciones.

Pero no es sólo este período, que forma la primera parte del volumen, el que Pablo de Azcárate somete a nuestra curiosidad y meditación. Por ser Wellington el puntal más firme del orden europeo de su tiempo, el estudio se prolonga, en la segunda parte, hasta la primera revolución española, Fernando VII, los Cien Mil Hijos de San Luis y la primera guerra carlista de 1835. No faltan, incluso, notables incursiones en el terreno de otras relaciones particulares, como las que mediaron entre Wellington y Goya y el general Alava. Escrita con nobleza y competencia, la obra *Wellington y España* es un magnífico instrumento de trabajo para el mejor conocimiento de nuestra historia inmediata.

La obra, perteneciente a la serie de «Grandes biografías», va ilustrada con importantes grabados—especialmente autógrafos y documentos—y provista de numerosas notas que se insertan al final de cada uno de los quince capítulos de que consta. Desciende siempre el hondo espíritu crítico con que Pablo de Azcárate ha manejado la complicada documentación en que se basa su estudio.—*Miguel Dolç*.

CANYAMERES, FERRAN: *El Vallès*. Barcelona, 1960. 318 págs.

Cuando se mantenía aún fresca en nuestros sentidos la delicia de las memorias de F. Canyameres, contenidas en *Quan els sentiis s'afinen*, nos llega esta nueva obra, de notable extensión, sobre una de las comarcas más privilegiadas y características de Cataluña. Sin pretender escribir una monografía geográfica e histórica del Vallès, sino una especie de romería sentimental, F. Canyameres, desbordante de amor hondo e inteligente por su tierra, reúne en *El Vallès* todos los datos relevantes sobre la naturaleza y el hombre capaces de contagiarnos su pasión.

El historiador, el geógrafo, el etnólogo o el economista hallarán en la obra, finamente documentada, un interés que no siempre despierta un escritor impulsado esencialmente, como F. Canyameres, por afanes literarios. Y, con los especialistas, el simple lector, enamorado de la prosa bien construida y de las ideas y noticias claras. A través de unas setenta localidades, que integran las dos partes del volumen, dedicadas al Vallès oriental y al Vallès occidental, F. Canyameres ha sabido transmitirnos todos los elementos, sin frialdad estadística, que permiten comprender la realidad del aforismo popular «Al Vallès tot hi és», pasando por la geología, la historia, el arte y las más diversas manifestaciones culturales, en medio de un paisaje rico de contrastes y exaltado por pintores y poetas. En pocas regiones avanzan tan unidos el espíritu y la materia, el ideal y la realidad, la condición humana y la fuerza de la naturaleza: tal es el punto de partida, indudablemente seguro, que F. Canyameres ha tenido presente al escribir la obra; de aquí, su subtítulo, «Vigor i bellesa».

El libro, enriquecido con bellas ilustraciones fuera de texto, va seguido de un nomenclátor, donde pueden encontrarse cómodamente todas las noticias, de carácter práctico, referentes a los lugares descritos. Sólo hubiéramos deseado, para nuestro gusto, la presencia de un mapa de la comarca.—*Miguel Dolç*.

FLETCHER VALLS, DOMINGO: *Problemas de la cultura ibérica*. Valencia, 1960. 123 págs.

El presente libro es, en realidad, la primera parte de un estudio galardonado en 1957 con el premio Martorell, del Ayuntamiento de Barcelona; pero D. Fletcher, director del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, ha conseguido recoger en un cuerpo bien organizado, no demasiado extenso, todas las cuestiones que plantea la existencia de uno de los primitivos pueblos más característicos y discutidos del litoral occidental del Mediterráneo. Era, sin duda, necesario este afán por reunir, analizar y animar de nuevo todos los datos relacionados con el origen, cultura y geocronología de dicho pueblo, piedra básica de nuestra historia y raíz de fuertes contradicciones en los dominios de la misma ciencia. ¿Nos hallamos, de hecho, ante una esfinge, tan tenebrosa como la interpretación de su escritura? La respuesta afirmativa sería, a todas luces, arbitraria.

Aunque un día, como fruto de sus pasmosos avances, la ciencia llegara a negar la existencia del pueblo ibero, con su contenido geográfico, cronológico y étnico, quedaría siempre en pie la denominación de «cultura ibérica»: tal es la conclusión más sólida y eficaz que formula D. Fletcher en su documentada monografía. Ya sus páginas liminares sobre las fuentes clásicas y la investigación moderna glosan los principales aspectos—nombre, antropología, lengua, área geográfica—del pueblo ibero y abren el camino a la visión exacta y particular de los problemas. Pero el núcleo del trabajo reside, sin duda, en los capítulos centrales consagrados a la formación de la cultura ibérica y al estudio de los elementos materiales que la constituyen: metalistería, escultura, alfabetos y cerámica. Un último capítulo, denso de noticias, resume los informes que tenemos sobre los iberos del sur de Francia, a través de las fuentes y de los hallazgos arqueológicos. La síntesis de D. Fletcher, conservadora en sus líneas esenciales, encierra un vivo interés para el técnico o el estudioso y aun para el simple aficionado a las cuestiones de nuestra antigüedad prerromana.—*Miguel Dolç*.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Crónica de Alfonso III. «Textos medievales»*, 3. Valencia. 78 págs.

Merece plácemes la labor de reedición de fuentes publicadas en obras raras, fuera del alcance de los medievalistas, emprendida por el dinámico y sagaz catedrático de la Universidad de Valencia, a pesar de que sus ediciones no tengan las calidades tipográficas de desear para los venerables textos que el doctor Ubieto publica. Con mejor o peor presentación, se trata de verdaderos y eficaces instrumentos de trabajo. La *Crónica de Alfonso III* ha sido publicada varias veces, pero la novedad de esta nueva edición consiste en ofrecer las dos mejores versiones, la de García Villada y la de Gómez Moreno, en forma comparativa, a dos columnas. Precede al texto una breve introducción; al final, sendos índices de lugares y personas. Es de lamentar que ninguna ayuda económica contribuya a que la labor del doctor Ubieto pueda ser perfecta en todos sus aspectos, tipográfico incluido.—Antonio Durán.

Zaragoza, vol. XI, año 1960. 192 págs., más fotograbados.

Anotamos la aparición de un nuevo número de *Zaragoza*, la revista editada por la Diputación Provincial, bajo la dirección de don Antonio Beltrán, catedrático de Arqueología. La presentación de la revista, al igual que en números anteriores, es muy cuidada.

Tras un editorial del presidente de la Diputación, doctor don Antonio Zubiri, abre la serie de artículos, uno de Félix Lasheras, titulado *Calatorao: Datos para su historia*. En la sección «Problemas de la provincia», aparece un trabajo de Félix Cuellar, *Panorama político del partido de Sos*, en el que estudia los servicios y las posibilidades del partido que, si bien pertenece a la provincia de Zaragoza, geográficamente es territorio altoaragonés. El trabajo siguiente es un estudio de Antonio Beltrán, en el que, bajo el título *Sobre la jota y otros problemas de etnología*, se plantean problemas y se centran cuestiones, teniendo en cuenta una extensa bibliografía, constituyendo un magnífico trabajo, con conclusiones del mayor interés y agudas observaciones, modelo de precisión y juiciosa crítica y obligado punto de partida para nuevas investigaciones.

Otro trabajo de interés para el Altoaragón es el de Miguel Fusté, *Características antropológicas de la población aragonesa*, síntesis de un estudio más amplio que verá la luz próximamente. Otros trabajos sobre temas aragoneses son los siguientes: *Daroca, archivo de inapreciable valor. Notas musicales*, por Pedro Echevarría; *La pintura de Montañés en dos retratos del Colegio de Abogados de Zaragoza*, por F. Oliván Baile; *Paisaje de la poesía aragonesa en el tiempo*, por Ricardo de Val.

Completan el número las secciones de «Información», «Ante el periodista» y «Homenaje a don Severino Aznar».—Federice Balaguer.

ARTICULOS

CARUANA Y GÓMEZ DE BARREDA, JAIME: *Los amantes de Teruel*. «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», t. LXVII, págs. 35-55.

Desde hace algún tiempo, Jaime Caruana viene trabajando en el esclarecimiento del relato de los amantes de Teruel. Su hallazgo del protocolo del notario Juan Yagüe, que copió en 1619 el documento medieval que existía en el archivo del Ayuntamiento, le ha permitido volver a plantear el problema de la historicidad del relato. En este artículo, el autor insiste en desvirtuar la crítica de Cotarelo y expone una sugestiva hipótesis acerca del problema de las relaciones entre la tradición turolense y Boccaccio. Exposición discursiva y notas a pie de página.—*F. Balaguer*.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *¿Una moneda conmemorativa aragonesa del siglo XI?* «Cesaraugusta» (Zaragoza, 1960), págs. 185-7.

A pesar de su brevedad, este artículo de Ubierto Arteta es muy interesante. El autor se ha fijado en una moneda atribuida a Sancho Ramírez que en el reverso ostenta la leyenda IACCA, escrita en sentido horizontal. Esta moneda ha sido descrita por varios autores, pero sin fijar su fecha. Ubierto piensa que puede ser una moneda conmemorativa, coincidente con la concesión del fuero de Jaca, población elevada entonces a la categoría de *civitas*; por tanto, cabe suponer que es de 1077. La fijación de esta fecha puede ayudar mucho a resolver el problema cronológico de las restantes piezas de Sancho Ramírez.

El artículo lleva un grabado y notas a pie de página. Por error de imprenta, aparece sin consignarse la procedencia de alguno de los documentos alegados.—*Federico Balaguer*.

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES



Tomo XI

(Números 41, 42, 43 y 44)

I N D I C E S

HUESCA

1960

ARGENTINA

REPUBLICA ARGENTINA
ESTADO DE GUAYMA



1881
MAY 18 1881

J. M. D. I. G. E. S.

1881
MAY 18 1881

INDICE DE MATERIAS

ESTUDIOS

	Páginas
DOLÇ, MIGUEL: Ramón y Cajal en Ayerbe.....	113-133
DURÁN GUDIOL, ANTONIO: La obra de García de Gudal, obispo de Huesca y Jaca (1201-1236; † 1240).....	1-50
FRUTOS, EUGENIO: La integración del hombre en la sociedad..	265-295
LACAMBRA BERNAD, JOSÉ MARÍA: La estrella de Sertorio. Monedas oscenses de mi colección, con un as de «Bolscan» posiblemente inédito.....	213-223
PITA MERCÉ, RODRIGO: Otros nombres antiguos en la toponimia de Lérida y Huesca.....	185-212
POCH, JOSÉ, Sch, P.: Un documento inédito sobre san José de Calasanz.....	97-111
PORTA, DOLORES: El poema de Roda en honor de Ramón Berenguer IV.....	297-310

COMENTARIOS

BALAGUER FEDERICO: Doña Amuña: un amor juvenil de Ramiro I de Aragón	239-242
— Dos documentos ramirenses del fondo de San Juan de la Peña	325-330
BASO ANDREU, ANTONIO: La imagen de Cristo yacente, adquirida por la Vera Cruz.....	51-62

	Páginas
FERRER GIMENO, FÉLIX: Teoría y estética informalista de Antonio Saura Atarés	63-69
— La cinematografía de Carlos Saura Atarés	157-164
— Aragón, en la pintura de Beulas	225-232
— Francisco Echauz y su obra	319-324
GONZÁLEZ MAESTRO, ENCARNACIÓN: San Martín en la toponimia navarro-aragonesa	311-318
LÁSCARIS COMNENO, EUGENIO: Los últimos defensores de Constantinopla	135-156
MARINA SÁEZ, SERVANDO: Nuestra Señora de Badaín	235-238
UBIETO ARTETA, ANTONIO: ¿Versos del siglo xv?	233-234

ACTITUDES

BELLOSO, JOSÉ LUIS: Poemas	165-166
CAVERO, MARÍA PILAR: Poemas	331-334
LÓRIZ CASANOVA, ESTHER: Era débil	167-169
— Conques	253-254
PÉREZ MARTÍN, JOSÉ MARÍA: Entre la vida y el sueño	243-251
SOLER Y CAJAL, AGUSTÍN: Canciones de la muerte campesina ..	71-80

INFORMACION CULTURAL

BALAGUER, FEDERICO: El doctor don Miguel Dolç, «magister» de la Escuela Lulística	88-89
— La señorita Dolores Cabré, correspondiente de la Academia de la Historia	89
— Ha muerto don Ladislao Gil	90-91
— Fiesta de la Poesía	172-173
— Convocatoria de la parte científica de los certámenes anuales de Teruel, Albarracín y Alcañiz para 1961	175-176

	Páginas
— Sebastián Martín-Retortillo, consejero numerario del Instituto de Estudios Oscenses.....	259
— El Rolde de la cofradía de Santa Lucía de Xara	260
— Félix Ferrer, premiado.....	260
— Apertura de curso y lección inaugural de don Samuel Bagué	335
— Ha muerto don Raimundo Lalaguna	338-339
— VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón.....	339-340
BASO, ANTONIO: Don Mariano Vidal Tolosana, embajador de España en Manila.....	81-82
BROTO APARICIO, SANTIAGO: Ciclo de conferencias sobre el cáncer	90
— Pregón de Semana Santa.....	171
— Curso de conferencias en Villanueva de Sijena.....	172
CAJAL, ANTONIO: Homenajes a María Dolores Cabré	257-259
FERRER GIMENO, FÉLIX: II Exposición de Artistas Altoaragoneses y Pintura y Grabado de María Cruz Sarvisé.....	83-88
— Importante exposición de pintura de José Beulas.....	173-175
— Dos importantes certámenes de arte: I Exposición de Artistas Hispano-Franceses y Exhibición de las últimas obras de Beulas realizadas en Torla	255-257
— Exposiciones de pintura de Manuel Martín Guerrero y Leoncio Mairal	336-337
— Una película de Carlos Saura Atarés en el festival de Londres	337-338
— La pensión «Juan March», de pintura, a José Beulas....	338
— Antonio Saura Atarés, premio «Gugenhin» de pintura, otorgado en Nueva York.....	338

NECROLOGIA

BROTO, SANTIAGO: Muy ilustre señor don Benito Torrellas Barcelona.....	177
--	-----

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

	Páginas
AZCÁRATE, PABLO DE: Wellington y España (<i>Miguel Dolç</i>).....	341
BATLLORI, MIQUEL, S. I.: Balmes i Casanovas (<i>Miguel Dolç</i>).....	261
BENITO, JOSÉ DE: Estampas de España en Indias (<i>Miguel Dolç</i>).....	179
Bulletin de la Société des Sciences, Lettres et Arts (<i>Federico Balaguer</i>).....	261-262
CANYAMERES, FERRAN: Quan els sentits s'afinen (<i>Miguel Dolç</i>).....	262
— El Vallès (<i>Miguel Dolç</i>).....	341-342
CARDONA, OSVALD: De Verdaguer a Carner (<i>Miguel Dolç</i>).....	179-180
El cantar de Roldán, traducción por Martín de Riquer (<i>Miguel Dolç</i>).....	93
FLETCHER VALLS, DOMINGO: Problemas de la cultura ibérica (<i>Miguel Dolç</i>) ...	342
HERNÁNDEZ-LEÓN, FRANCISCA: Doña María de Castilla, esposa de Alfonso V el Magnánimo (<i>Antonio Benito Vidal</i>).....	180-181
MONTOLIU, MANUEL DE: Les quatre grans cròniques (<i>Miguel Dolç</i>).....	181-182
PINILLOS, MANUEL: Debajo del cielo (<i>Miguel Dolç</i>).....	93-94
RUBIO GARCA, LUIS: Estudio histórico-lingüístico del antiguo condado de Ribagorza (<i>Antonio Benito Vidal</i>).....	94
TORRENTE, JOSÉ VICENTE: Tierra caliente (<i>A. B.</i>).....	262-263
UBIETO ARTETA, ANTONIO: Cartulario de Albelda (<i>A. Durán</i>).....	263
— Crónica de Alfonso III (<i>Antonio Durán</i>).....	343
VALENZUELA FOVED, VIRGILIO: Pregón de Semana Santa (<i>Santiago Broto</i>).....	263-264
Zaragoza, vol. XI, año 1960 (<i>Federico Balaguer</i>).....	343

ARTICULOS

CABEZUDO ASTRAIN, JOSÉ: Un curioso inventario zaragozano de 1509 (<i>Federico Balaguer</i>).....	95
CARUANA Y GÓMEZ DE BARREDA, JAIME: Los amantes de Teruel (<i>F. Balaguer</i>)...	344
CUZAO, RENÉ: Le rétable doré de Jaixou (<i>Federico Balaguer</i>).....	182
DURÁN GUDIOL, ANTONI: La regla del monestir de Santa Maria de Sixena (<i>Federico Balaguer</i>).....	95
HAMANN MCLEAN, RICHARD: Les origines des portails et façades sculptés gothiques (<i>Federico Balaguer</i>).....	182
SÁNCHEZ CANDEIRA, ALFONSO: Las Cruzadas en la historiografía española de la época (<i>Federico Balaguer</i>).....	182-183

	Páginas
UBIETO ARTETA, ANTONIO: Procesos de la Inquisición de Aragón (<i>Federico Balaguer</i>)	96
— La dinastía Jimena (<i>Federico Balaguer</i>).....	264
— ¿Una moneda conmemorativa aragonesa del siglo XI? (<i>Federico Balaguer</i>)..	344
VIVES, JOSÉ: Elogio sepulcral barroco renacentista de una abadesa cisterciense (<i>Federico Balaguer</i>)	183
ZUDAIRE, E.: El «Discurso de la Corona» en las cortes catalanas de 1626 (<i>Federico Balaguer</i>).....	183

INDICE DE COLABORADORES

	Páginas
BALAGUER, Federico, 88, 89, 90, 95, 96, 172, 175, 182, 183, 239, 259, 260, 261, 264, 325, 335, 338, 339, 343.....	y 344
BASO ANDREU, Antonio.....	51, 81 y 262
BELLOSO, José Luis.....	165
BENITO VIDAL, Antonio.....	94 y 180
BROTO APARICIO, Santiago.....	90, 171, 172, 177 y 263
CAJAL, Antonio.....	257
CAVERO, María Pilar.....	331
DOLÇ, Miguel.....	93, 113, 179, 181, 261, 262, 341 y 342
DURÁN GUDIOL, Antonio.....	1, 263 y 343
FERRER GIMENO, Félix, 63, 83, 157, 173, 225, 255, 319, 336, 337 y 338	
FRUTOS, Eugenio.....	265
LACAMBRA BERNAD, José María.....	213
LÁSCARIS COMNENO, Eugenio.....	135
LÓRIZ CASANOVA, Esther.....	167 y 253
MAESTRO GONZÁLEZ, Encarnación.....	311
MARINA SÁEZ, Servando.....	235
PÉREZ MARTÍN, José María.....	243
PITA MERCÉ, Rodrigo.....	185
POCH, José, Sch. P.....	97
PORTA, Dolores.....	297
SOLER Y CAJAL, Agustín.....	71
UBIETO ARTETA, Antonio.....	233

INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES



PRESIDENTES DE HONOR

- Excmo. Sr. D. José Riera Aísa, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.
- Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Lino Rodrigo Ruesca, Obispo de la Diócesis.
- Ilmo. Sr. D. Enrique García Ruiz, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.
- Ilmo. Sr. D. Mariano Ponz Piedrafita, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento.

CONSEJO PERMANENTE

- Presidente:* Virgilio Valenzuela Foved.
- Secretario:* Federico Balaguer.
- Director de la revista ARGENSOLA:* Miguel Dolç.
- Director de la cátedra «Lastanosa»:* Salvador M.^a de Ayerbe.
- Vocales:* Antonio Durán Gudiol.
José María Lacasa Coarasa.
- Vicesecretario-Administrador:* Santiago Broto Aparicio.

